



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avelaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuena, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balazguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Basco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cuesta, (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuello, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez Duran, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrin, Toro, Flores, Figuerola, Figueroa, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdes de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Renté, Guelbenzu, Guerrer, Incenga, Harizzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorante, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompillo Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Sepóvia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medrano Vega, (Venturá de la), Vidart, Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio), A costa (D. Juan), Ribá y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Diciembre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2. duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Ragner.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—Bogotá, por Francisco de la Fuente.—La vida literaria, por Antonio Guerra y Alarcón.—Don Antonio Gutierrez, por Antonio Guerra y Alarcón.—Los estados Mexicanos, por Leopoldo Valencia.—La ciencia, por Carlos Guaza.—La Revolución, por Ramón Chies.—Cuentos madrileños, por José de Siles.—Perfiles artísticos, por Antonio Guerra y Alarcón.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Entierro del cadáver de D. Alfonso.—Rumores.—Las dos políticas.—El primer deber del gobierno.—La amnistía.—Las reformas.—El porvenir de la República.—Los monárquicos.

Los sucesos de la quincena trascurrida apenas pueden contenerse en los límites de una revista. La muerte y entierro de un rey de España son acontecimientos que requieren capítulos de historia. De todos modos, en su aspecto exterior, con el séquito de manifestaciones con que la desaparición de un jefe del Estado se acompaña, tales acontecimientos tienen su parte de perspectiva, propiedad del pintor, del observador, del espíritu que vive con la fantasía.

Conducido el cadáver del que fué rey de España al Escorial quedó depositado en el púdridero.

Madrid ha podido admirar una vez más las carrozas doradas, los casacones rojos, los caballos descomunemente empenachados, las pelucas con rabo, los zapatos con hebilla, la media larga, ceñida á la pierna, son cosas admirables para seducir á las muchedumbres.

A ser cierto lo que dicen varios importantes periódicos, el gobierno piensa dedicar en breve su atención al estudio de dos cuestiones importantísimas y de indiscutible trascendencia, tanto porque marcarán los propósitos que animan al nuevo ministerio, como por la significación que en sí tienen como actos propios de todo reinado que empieza y busca aplausos unánimes y sinceros del país, estas dos cuestiones son el indulto a la prensa, victima del despotismo conservador, y la amnistía á los procesados políticos que lejos de la patria lloran rigores de la mudable fortuna.

Nada más racional, á nuestro juicio, que esos propósitos de que se supone animado al Gabinete fusionista. En estas circunstancias, obtenido el poder por el Sr. Sagasta, de la manera que lo ha obtenido, debiéndolo más á reclamaciones del país que á simpatías cortesanas, esos propósitos responden perfectamente á lo que la opinión liberal tiene derecho á exigir de los ministros que ella y sólo ella ha hecho. Si algo es, si algo representa el nuevo ministerio, es una política opuesta diametralmente á la que venían siguiendo los conservadores.

Esta significación la marcó perfectamente el Sr. Cánovas en el Mensaje que dirigió á la reina doña Cristina al presentarla su dimisión y la de sus compañeros: con la muerte del rey había muerto una política, la política conservadora, y otra nueva política se imponía necesariamente, una política que exigía para su realización otros hombres no contaminados con las culpas que ellos, los conservadores, habían cometido.

¿Y qué política es esta que nace junto al lecho de muerte del rey D. Alfonso, tibio aún

bajo el peso del difunto soberano? Una política amplia, de conciliación, que opusiese ideales grandes, ideales generosos, á los ideales mezquinos, á los ideales egoistas, acariciados por los conservadores. La política de éstos que era decir resistencia á las aspiraciones del país, odio á las doctrinas democráticas, miedo á la libertad, apego á viejas fórmulas de absolutismos imposibles. La política del Sr. Sagasta tiene que representar forzosamente todo lo contrario.

Y por tanto, donde los conservadores escribían represión, los liberales deben escribir tolerancia; donde los conservadores gritaban venganza—los liberales deben gritar: olvido; donde los conservadores decían: castigo—los liberales deben decir: perdón...

Sólo así, sólo de esta manera responderán los fusionistas, no ya á la representación liberal que han asumido al subir al poder, sino á lo que de ellos solicitó al llamarlos á su consejo la Regencia. La muerte de D. Alfonso marca el fin de su reinado y el principio de otro nuevo; abrazados á su cadáver cayeron los conservadores, cuya influencia fué tan fatal al joven monarca, que quizá unido al partido menos medroso ó menos egoista viviera aún, aunque herido por la enfermedad que le ha hecho bajar al sepulcro. Durante ese reinado que acabó, pudo comprobarse una y cien veces la deficiencia de los principios conservadores para dar al país el orden y la paz que necesita. Es preciso preservar de igual triste destino el reinado que empieza.

Y para eso emprender francamente, sin ambages, sin vacilaciones, la senda de la libertad.

Así, pues, las medidas que se anuncian

como próximas, no serán el primer acto de merced de un reinado que se inaugura, sino el primer deber de un gobierno liberal que justifica su elevación al poder.

Por lo tanto, es preciso que, al llevar á la práctica sus pensamientos, el Sr. Sagasta y sus compañeros no entren en componendas con su conciencia; es indispensable que no regateen al país lo que el país espera de ellos, que no tengan miedo alguno á la libertad, porque no hay mayor peligro que éste para un gobierno que se apellida liberal.

La amnistía debe concederse. Y debe concederse pronto, cuanto antes, porque hace ya mucho tiempo que lejos de esta España, á quien tanto quieren, volviendo á ellos los ojos en sus días sin sol, en sus noches sin estrellas, en sus angustias sin fin, una porción de emigrados esperan que el olvido les abra de par en par las puertas de la patria.

No les separa de ella ningún delito vergonzoso, ninguno de esos crímenes que no pueden declararse en plena luz. Su culpa consiste en querer mucho á España, en amar mucho á la libertad. Para los que piensan como ellos son unos mártires; para los que piensan de modo distinto son unos extraviados; para todos son hombres de honor que persiguiendo la felicidad de su país, salieron de la legalidad que les asfixiaba, creyendo hallar fuera de ella el ideal que perseguían. Entre los políticos que hoy nos gobiernan, lo mismo que entre los que ayer nos gobernaban, ni uno solo que pueda arrojar la primera piedra, ni uno sólo que no haya incurrido en igual pecado y haya sufrido la misma penitencia. De unos y otros, solo les separa el triunfo. Sagasta, Cánovas, han sido tan delincuentes como ellos. No es culpa suya, sino han tenido un Alcolea, como el jefe fusionista, ó un Sagunto como el jefe conservador.

La amnistía, pues, debe ser amplísima, que comprenda sin excepción, á todos los que, emigrados, están fuera de la patria; á todos los que, dentro de ella, purgan en ignominioso presidio desgracias, que no crímenes; á todos los que, en una ú otra situación, aparecen complicados en cuantos procesos por conspiración se han juzgado ó están pendientes de juicio desde 1874 hasta el presente.

Y la misma extensión debe tener el indulto que se otorgue á la prensa. De todos los delitos que al hombre pueden imputarse, ninguno más imaginario que el cometido por el intermedio de la imprenta en defensa de determinada doctrina. Hijos de la prensa son todos ó la mayor parte de los hombres públicos á quien se encomienda en España la dirección de los negocios del Estado. A ella acuden cuando están caídos para obtener de nuevo la victoria; de ella salen cuando el triunfo les sonríe, y á ella vuelven cuando la suerte les abandona, semejantes al hijo pródigo que, perdida su fortuna en las luchas del mundo, tornó á la casa de su padre, en busca de la paz y el amor de que se sentía necesitado.

Proteger á la prensa, ampararla, debía ser, por tanto, un deber imperioso para todos los políticos; elevarla, concederle lo que ella pide, ponerla al abrigo de toda persecución, debía ser obra común de todos los partidos. Y lo que la prensa pide es poco, muy poco; como que no quiere honores ni riquezas, ni preeminencias fastuosas, ni cargos retribuidos. Lo que quiere, lo que pide, es más y menos que eso; más, porque representa la vida; menos, porque no cuesta nada concederle. Lo que necesita la prensa es libertad, y nada más que libertad.

Y si los partidos retrógados la niegan esta condición de su existencia, los partidos liberales deben apresurarse á otorgársela, porque negarse á ello es tanto como renegar de los mismos principios que sustentan, y á los cuales deben la única fuerza de que hacen gala ante el país.

Es un fenómeno que, por lo inesperado, empieza ya á llamar la atención de las gentes, la inacción verdaderamente inexplicable en que se halla sumido el ministerio fusionista.

Quince días lleva ya rigiendo los destinos del país; quince días, en que, poseedor de la confianza de la Regencia, y con el Parlamento cerrado, podía haber realizado alguna de las innumerables reformas que reclama imperiosamente la opinión, aquí, donde hay tanto que innovar; aquí, donde hay que deshacer, pieza por pieza, la obra dañina de la reacción. ¿Qué ha hecho el gobierno en esos quince días?

Celebrar gran número de reuniones, gastar estérilmente un tiempo precioso que podía haber aprovechado en beneficio del país, y gastarlo en resolver, mejor dicho, en no dar solución á enojosas cuestiones de personal, como si quisiera demostrar de esta manera que el provecho de sus hombres era el móvil principal de su conducta, el fin único á que aspiraban. En todos estos días, ni uno solo de los problemas políticos puestos sobre el tapete, ha sido abordado; ni una sola de las promesas hechas solemnemente desde la oposición, ha sido cumplida. Hoy, á los diez y nueve días de muerto el rey D. Alfonso, á los quince de ocupar la presidencia el Sr. Sagasta, todo sigue en el mismo estado que antes. A ser posible que volviese hoy el Sr. Cánovas al puesto que por su propia voluntad abandonó, lo encontraría todo dispuesto de la misma manera que lo dejó al marcharse. El ministerio liberal, abstraído en las cuestiones secundarias de repartir pedazos del presupuesto entre sus impacientes partidarios, no ha tenido tiempo para pensar en el país.

El país, sin embargo, vale la pena de que el Sr. Sagasta le otorgue su atención. La serie de reformas que reclama y espera de la situación liberal, vale también la pena de emprenderse con decisión, sin vacilaciones, con el deseo y la voluntad del que, en efecto, quiere llevar á cabo una buena obra.

Hay que recordar lo que el país espera del Sr. Sagasta, que es mucho. Dos años de reacción exagerada, dos años de política de provocación y desafío le han rendido mucho, le han dejado abatido, exánime, y le hacen necesitar pronto remedios y heroicos recursos. Llamado el Sr. Sagasta precisamente para eso, es imposible para él trazarse otra conducta ni seguir distinto camino. Ha de ser por fuerza un ministerio innovador, un ministerio reformista, si quiere conservar la fuerza que le ha dado el poder. Y en el estado presente de España, la rapidez es una de las cualidades indispensables á todo gobierno. Puede el tiempo venir corto; puede surgir una crisis fundada en pretextos fútiles, de esos que hacen caer un Gabinete y dejan resentida una situación; y si esto sucediese, ¿qué grande, qué inmensa responsabilidad no caería sobre el gobierno que de tal modo hubiese derrochado sus facultades y su potencia para el bien?

Es preciso que, abandonando esas mezquindades, únicos asuntos en que hasta ahora viene ocupándose, eleve el pensamiento á más altos conceptos, y dejando de satisfacer las pretenciosas ambiciones de unos cuantos desocupados, atienda á lo para él, como para todo gobierno liberal, debe ser lo esencial, lo primero de todo, lo que no admite preterición de ningún género; es preciso que empiece á hacer política propia, política suya; es preciso que dé cumplimiento á su programa. La inacción es la muerte, y la situación liberal debe tener en estos momentos plétora de vida, si ha de cumplir los destinos que se le han encomendado.

De lo contrario, podía alguno creer que los fusionistas no tienen plan ninguno de gobierno; que su elevación al poder les ha sorprendido; que nada tenían estudiado, nada discutido; que sobre nada se habían puesto de acuerdo ni tenían ideas propias.

Y esto puede y debe decirse de un gobierno conservador que, falto de todo plan, escéptico de todos los sistemas, amolda sus actos á las circunstancias y resuelve las cuestiones

conforme se le van presentando; pero no puede, no debe dejarse decir de un gobierno liberal que se rige por principios.

Nuestro ilustre amigo, el consecuente republicano D. Andrés Solís, ha dirigido á *El Progreso* desde San Juan de Luz la siguiente interesante carta acerca del porvenir de la república:

«Mi querido Malagarriga:

Sucesos recientes han motivado una crisis ministerial, que por las circunstancias en que se ha verificado reviste todos los caracteres de los grandes acontecimientos históricos.

Pasados los primeros momentos consagrados á las naturales expansiones de dolorosos recuerdos, cada cual comienza á darse cuenta del alcance y trascendencia de tan radical mudanza.

La sorpresa feliz experimentada por los favorecidos de la fortuna trocarase paulatinamente y á compás de las complicaciones que vayan surgiendo, en grave meditación, que forzosamente ha de suscitar la desconsoladora y espantosa realidad.

No nos toca á nosotros examinar las interioridades de la conciencia ajena.

Nos importa y es nuestro deber, en estos solemnes momentos, revelar á la faz del país todo nuestro pensamiento sin ambages ni rodeos, con la franqueza peculiar de los partidos populares que persiguen la realización de nobilísimos ideales.

A primera vista parece bien compleja la situación política presente. Examinada con serenidad y detención, queda reducida á términos sencillísimos.

No es menester gran penetración para comprender y fijar claramente cuáles sean los deberes que nos impone la profunda alteración que ha sufrido nuestra querida patria en su modo de ser.

*El Progreso*, como órgano independiente, tiene definida con claridad su marcha; su posición en el campo político está perfectamente señalada.

Reflejo fiel ahora de las aspiraciones de un partido republicano gubernamental, y expresión genuina y auténtica del pensamiento del distinguido repúblico Sr. Ruiz Zorrilla, se vería libre en esta ocasión de anticipar y dar á conocer á sus favorecedores el suyo, por lo mismo que de todos es sabido y conocido el de nuestro ilustre jefe.

Mas los tiempos convidan á los desahogos propios de una época que se anuncia como de libertad, á vuelta de una ridícula y grotesca tiranía, y sería imperdonable no aprovechar estos primeros instantes de relativa tolerancia ministerial para decir lo que sentimos, lo que pensamos y lo que queremos.

Ninguna explicación debemos á nuestro partido. Todos nuestros correligionarios saben á dónde vamos.

¿Sería esta razón suficiente para excusarnos de dársela amplia y cumplidísima al país, que tiene en estos momentos fija la vista en nosotros y en nuestro jefe el Sr. Ruiz Zorrilla?

Para proceder con orden lógico en la exposición de las ideas que sustentamos, vamos á considerar el presente estado de las cosas en relación á nosotros mismos, á los demás partidos republicanos y al país.

Nada nuevo tenemos que decir en razón á la actitud de nuestro partido, que no es, en definitiva, sino la que responde fidelísimamente á la posición especial del Sr. Ruiz Zorrilla.

Frente al hecho de Sagunto, levantó la bandera de la revolución vencida.

Ningún acontecimiento extraordinario reclama ni pide un cambio radical de conducta.

Bien, por lo contrario, las necesidades políticas aconsejan salir cuanto antes de un régimen inestable y provisional para entrar en un período de paz á la sombra de una situación sólida y definitiva. A los males anterior-

res que combatíamos, hay que agregar la interinidad presente.

La menor edad de los príncipes recuerda en la historia de todas las naciones épocas calamitosas repartidas entre odiosas privanzas y guerras intestinas.

Mantenemos, pues, en estas excepcionales circunstancias, la necesidad imprescindible de continuar los procedimientos constantemente defendidos por el Sr. Ruiz Zorrilla. Juzguese como se quiera su conducta, es la sola que responde á la agitación é intranquilidad de los espíritus que solicitan paz y reposo al amparo y protección de instituciones nacionales y duraderas.

Descartados nosotros mismos, nuestro partido y nuestro jefe, de la gravísima complicación actual que constituye el serio problema de nuestro porvenir, nada más fácil que fijar bien los términos en que se presenta á la consideración de los demás partidos republicanos.

Sin fortuna hasta ahora se viene proclamando por todos la necesidad de una inteligencia ó coalición entre los partidos republicanos.

La Providencia ó la fatalidad ha hecho lo que los hombres no han sabido hacer.

En presencia estamos todos de un acontecimiento extraordinario, con el que nadie contaba hace pocos meses.

¿Hay quién se atreva á sostener que no debemos pensar seriamente en el porvenir de la República?

Pues de nosotros mismos, de los republicanos españoles depende anticipar los términos de nuestras ansias y de los deseos del país, haciendo uso de las armas legales que el fortuito acceso de los liberales al poder pone en nuestras manos. La necesidad de aprovecharnos de esta singular ventaja, es perentoria y la empresa facilísima.

No podemos esperar coincidencia más propicia para poner de seguida manos á la obra.

La fórmula admitida por constitucionales y demócratas el 5 de Junio último, nos permite movernos con desembarazo, y el recuerdo de la reciente coalición electoral nos estimula á perseverar en aquella salvadora senda de provechosas reivindicaciones.

¡Ah! Ahora ó nunca.

Feliz momento que nos invita á prescindir de nuestras discordias, á deponer nuestros odios, ya que no á olvidar nuestras disidencias.

Frescos están en la memoria de todos los hermosos recuerdos de la coalición última Monárquicos y republicanos fuimos juntos al combate. Vencimos en las grandes poblaciones, y hoy ocupa el poder uno de los partidos coligados.

¿No es verdad que la previsión aconseja persistir en aquel primero y provechoso ensayo de concentración de las fuerzas democráticas?

No aguardemos, como es de ritual en nuestra patria, á la última hora.

Tome quien quiera la iniciativa, y sino la tomaremos nosotros.

Constituyamos á toda prisa el comité central de coalición electoral.

Castelar y Pi, Salmerón y Carvajal, Pedregal y Labra; en una palabra, todos los partidos, todas las agrupaciones, todos los matices, todos los elementos sueltos caben en él.

Agregadle la representación de los presidentes de los comités de distrito en Madrid, y la de la prensa, de los directores de los periódicos *El Globo*, *El Liberal*, *La República*, *La Discusión*, *El Motín*, *Las Dominicales*, y *El Progreso*, y constituidos en asamblea permanente en nuestro círculo, que es vuestro, que es de todos los republicanos, y comenzad una era de propaganda en banquetes y reuniones públicas, y veréis el brillante resultado que se obtiene de una predicación incesante, servida por un entusiasmo sostenido.

A la vez pueden y deben organizarse en

toda España comités de coalición electoral, y aun cuando la lucha sea imposible por los amagos de las listas conservadoras, y á pesar del censo y no obstante la desventaja que llevaremos en la contienda, veréis qué gran transformación se opera en el espíritu público.

Que ningún distrito deje de prestar su candidato republicano, y tened la evidencia de que la victoria de los conservadores franceses será oscurecida por el triunfo glorioso de los republicanos españoles.

Nuestros diputados, ya lo saben, han de comprometerse, han de obligarse á defender en el Parlamento los procedimientos y conducta de nuestro ilustre amigo Sr. Ruiz Zorrilla.

La suprema dificultad para este acuerdo patriótico quedaria vencida desde el momento en que se prescindiera de programas y de dogmas de partido.

Cada cual conserva los suyos respectivos y en común enarbolan una bandera que por igual cobije á todos.

El sufragio universal y la soberanía nacional nos unen á todas las procedencias democráticas.

Considerad que milita en favor de este lema una ventaja de gran peso: que puede ser aceptado por fuerzas políticas que, hoy por hoy, no están de acuerdo con nosotros.

El general López Domínguez, los elementos civiles y militares que le siguen, las gentes que acaudilla pelean, como nosotros, por aquellos grandes principios democráticos.

¿Qué inconveniente pueden tener en aceptar la coalición con los republicanos?

¡Que se les tilde de sospechosos!

«Hasta Pi»—respondía el presidente actual del Consejo de ministros, cuando se interpelaba acerca de los límites de la coalición pasada.

Hasta los demócratas monárquicos, debemos contestar, llegan nuestros pactos y nuestras alianzas.

En nombre de la sinceridad electoral, no temía el Sr. Sagasta agrupar en su derredor á los más encarnizados enemigos de la dinastía.

En nombre de la augusta majestad de la nación, no debemos nosotros alarmarnos por el concurso de todos aquellos elementos políticos que aceptan nuestros principios y que acatan y sirven otras formas de gobierno que las que consideramos como naturales, como más adecuadas al ejercicio de los derechos del individuo y como más conformes á la dignidad humana.

Por lo que esta política se relaciona directamente con los intereses del país, no cabe vacilar en adoptarla como salvadora.

Habremos provocado una saludable agitación legal, y mediante la propaganda pacífica habremos contribuido á hacer más fácil, al día siguiente, el ejercicio de todos los derechos y la práctica de todas las libertades.

Así es como se crean las costumbres públicas en los países libres, y así se ganan adeptos y se conquistan simpatías para todas las causas nacionales.

Otra ventaja, no menos apreciable y digna de consideración, obtendríamos de la coalición electoral. Lleváramos á la lucha y entraría en fuego la juventud republicana, de la que todos hablan y á la que nadie atiende.

Defecto universal de nuestros hombres públicos es poner la vista exclusivamente en sus personas, y es raro el que no cree que la sociedad en masa sigue sus movimientos y su dirección.

Si sólo volver la vista atrás, claramente percibirían que las nuevas generaciones ni siquiera se dan cuenta de la marcha de los jefes de los antiguos partidos, á quien ni los liga el entusiasmo de victorias mancomunadamente obtenidas, ni responsabilidades de fracasos anteriores.

Necesitamos apoderarnos de las corrientes generales de la opinión, del espíritu de nuestra época, y lo que más importa, de fuerzas vigorosas y juveniles que vienen de refresco á

coadyuvar en la ímproba tarea de la civilización y del progreso.

Fijar el triunfo en los ideales que defendemos, al cuidado del azar, es acreditar una desconsoladora decadencia moral que á todo trance es preciso arrojar de nosotros.

En la política, como en todos los negocios de la vida humana, lo importante es saber elegir el momento.

Ninguno como el presente para el que perseguimos los republicanos.

Nos gobierna un antiguo revolucionario, condenado á muerte, que ha servido indistintamente á la República y á la monarquía.

Su mayor mérito se cifra en saber aprovecharse de los auxilios del adversario, y hoy se encuentra al frente del poder público, más que por sus relevantes dotes, por el temor que inspiraron sus últimas alianzas.

Su habilidad política ha consistido en utilizar la oportunidad. ¿Cuál otra mejor para los republicanos que esta interinidad servida por monárquicos circunstanciales como los señores Martos y Montero Ríos, que no dan valor alguno á las formas de gobierno?

Piensen los jefes de la democracia española cuán inmensa es la responsabilidad que sobre ellos pesa en estas extraordinarias circunstancias.

Mediten los republicanos españoles sobre el derecho que les asiste para exigir de sus jefes el cumplimiento de sus deberes.

Afortunadamente nuestro caudillo, el señor Ruiz Zorrilla, se anticipa á las demandas de la opinión y llena con creces los deseos de los más exigentes.

¡Ojalá puedan decir lo mismos los que siguen las inspiraciones de tantas personalidades ilustres como se hallan al frente de los partidos republicanos!

Su buen amigo,

ANDRÉS SOLÍS.»

La prensa monárquica se las promete felices. Espera confiadamente en que las instituciones se afianzarán, y cree que la Regencia terminará sin trastornos ni convulsiones.

No se apoyan, para trazar estas hermosas y lisonjeras perspectivas, en la fuerza de la monarquía. Lo fian todo á la cordura y á la buena inteligencia de sus partidarios.

Si los monárquicos siguen unidos, si deponen sus discordias intestinas, si sólo se inspiran en el amor de lo que juntos defienden, posponiendo ante tan altos intereses lo que los separa y divide, ¡ah! entonces, exclama á una voz la prensa monárquica, entonces la monarquía está salvada, y los partidos extremos lucharán en vano por realizar sus ideales.

¿Sobre qué arena tan movediza quieren levantar el edificio monárquico!

¡La concordia entre los defensores de la legalidad! ¡La misión de todos los partidarios de lo existente, desde Moyano hasta López Domínguez!

¿Cabe mayor absurdo? ¿Es dable imaginar más irrealizable empresa?

Las paces firmadas por liberales y conservadores junto á la tumba de D. Alfonso, indican, según la prensa monárquica, que los partidos dinásticos todos seguirán unidos en lo futuro, hasta ver terminada felizmente la prolongada Regencia que nos amenaza. ¡Como si una tregua momentánea pudiera nunca convertirse en una paz definitiva, cuando el rencor agita los pechos de los combatientes y la discordia les incita á empuñar de nuevo las armas!

No. Separan á los partidos monárquicos sobrado hondas diferencias para que puedan vivir unidos mucho tiempo.

Buena prueba de ello nos da la misma situación actual.

No hablemos de los carlistas, que aunque monárquicos, son tan irreconciliables con la legalidad como los republicanos.

Fijémonos sólo en los liberales y parlamentarios, y encontraremos, por un lado, á los restos del antiguo partido moderado, que en estos días no han dado muestras de vida; pero

que acaso crean ahora más próxima su resurrección y más cercano el poder. Y por otro lado, á los izquierdistas, que vacilan y dudan y prometen benevolencia; pero que no se rinden ni consienten en perder su representación.

No quedan ya más que los conservadores y los liberales, y ¿qué ha sido menester para que se unan? Que los segundos sean llamados al gobierno de la nación, y que en el seno de los primeros surja ruidosa disidencia, que amenaza acabar con su vida.

Según el Sr. Romero Robledo, los conservadores no han debido abandonar el poder, y si los conservadores no hubieran abandonado el poder y hubieran emprendido una campaña de resistencia, ¿se encontrarían los liberales tan decididos campeones de la legalidad?

El acuerdo entre conservadores y liberales tiene que ser efímero, y la marcha misma de los acontecimientos no tardará en romperlo.

Más fácilmente se concibe una unión dura entre republicanos y liberales monárquicos, que entre éstos y los conservadores. A republicanos y liberales los une lo fundamental, y los separa la forma; á conservadores y liberales los une la forma; y lo separa lo fundamental.

Solicitados por las fuerzas opuestas, los liberales monárquicos se inclinan, ya de un lado, ya de otro; pero en ninguno pueden permanecer largo rato.

Atraídos por lo fundamental, entraron en la gloriosa coalición de Mayo, y á poco se salieron de ella, arrastrados por la forma.

Impulsado por la forma, han entrado en esta triste coalición de Noviembre, que no tardarán en romper atraídos por lo fundamental.

Entonces bastó con que el marqués de Casa Irujo preguntara por la coalición, para que la coalición se rompiera. Ahora bastará con que un demócrata pida el planteamiento de la democracia, para que la coalición se rompa.

¿No sucede así? Pues entonces, ó el partido conservador renuncia á su historia rompe su credo político y mancha su prestigio, ó el partido liberal reniega de sus compromisos, divide su programa y mancilla su honra.

No cabe término medio, ó con lo fundamental, ó con la forma; tal se presenta el dilema á los liberales. Si eligen la forma, perderán el apoyo de la democracia; si prefieren el fondo, se malquistarán con los conservadores. De todos modos, la división es inevitable.

RAGUER.

## EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

### CAPITULO X.

Los partidarios de la infalibilidad.—Principios opuestos á esta definición.—Influencia que prestaron los sucesos de la guerra franco-prusiana para la infalibilidad.—Resultados contraproducentes.

#### I

Hemos hablado en el capítulo anterior del Concilio Euménico, que tanto preocupa hoy á los neos, y que tan honda escisión ha causado entre los católicos del mundo cristiano.

Hablemos más extensamente de lo que hoy se relaciona con el Concilio.

El día 18 de Julio, conmemoración de San Federico y Santas Sinforosa y Marina; los padres de la Iglesia verificaron por la mañana la votación de la infalibilidad pontificia en esta forma:

En pro, 533 prelados.

Abstentidos, 90.

En contra, 2.

El Concilio quedó suspendido hasta San Martín, y Pío IX, el apóstata, quedó infalible por obra y gracia de 533 falibles.

Los prelados católicos que obedecen al Papa, son 1.127, de manera que ni aun por la mitad de este número, el Papa es infalible.

#### II

Pero el número no hace ley en este asunto, y la verdad es que ya tenemos lo que nos hacía falta, lo que hasta hoy y después de 1870 años, no había llegado á la inteligencia humana; lo que no habían sospechado siquiera muy santos varones y muy esclarecidos padres de la Iglesia: ya tenemos investido de infalible al Papa por 533 sotanas de seda, de las cuales se ha separado gran número de prelados que no reconocen tan peregrina declaración, por aquello sin duda de que aquí en la tierra, donde todos adolecemos de debilidades inherentes á nuestra pobre naturaleza; aquí, donde la picara materia supera en quinto y tercio al espíritu; en este globo de pequeñas dimensiones; en esta esfera que todo induce á creer que es boceto, preliminar preparación para ascender á esferas más perfeccionadas, más superiores, que rodando, andan por esos espacios; aquí, donde todos nos conocemos, no puede investirse á un hombre de tan divinas prerrogativas, sin que la risa asome á los labios de todos los que sepan pensar.

Para nosotros la infalibilidad nada significa, toda vez que viene de abajo y que obedece á cálculos del hombre. Lo infalible es que como ha dicho Pelletan, el mundo marcha; que la luz se hace con asombrosa rapidez; que la filosofía, que la razón humana no se detiene ante mistificaciones de este ó el otro hombre por elevado que sea. Esta es una verdad acabada. Por tanto, el espíritu progresivo del siglo XIX ha penetrado en las altas regiones de la Iglesia, á despecho de los impotentes esfuerzos del absolutismo. Un atento examen de las secciones del Concilio arroja esta verdad. Y por esto aunque la infalibilidad se ha declarado, no significa nada en contra de la ley del progreso que se realiza en el mundo como toda la ley que obedece á la fatalidad.

La parte más ilustrada del episcopado católico se ha opuesto al dogma de la infalibilidad; la parte más ignorante, la más reaccionaria, ha impedido que la representación de la ciencia dé sus resultados; así es, que el dogma de la infalibilidad nace muerto á la faz del mundo sensato.

¿No podía ser de otra manera!

Por un mal espíritu de disciplina, acaso por evitar las consecuencias de un cisma, callaron los anti-infalibilistas y bajaron la cabeza los ilustres obispos que piensan; mas la mayoría de las inteligencias, que sin divinizar la razón humana, le conceden todas las atribuciones que le son de su dominio, ven en el decreto del día 18 de Julio el último esfuerzo del ultramontanismo obcecado, y concluyen por considerar al nuevo dogma como se merece y no se preocupan gran cosa con el soberbio arranque de los que han querido personificar en un hombre la infalibilidad que nadie en el mundo puede poseer.

La mayoría de los católicos reciben con mucha frialdad el nuevo dogma.

No tardará el Pontificado mucho en conocer su error.

Respecto á los anatemas para los que no le aceptan, todo el mundo se ríe. ¿Y cómo no? Del texto de los cánones relativos al dogma, se desprende que serán maldecidos:

1.º Los que tengan la osadía de afirmar que existe otra cátedra infalible además de la de San Pedro.

2.º Los que digan que puedan salvarse aquellos á quienes no haya llegado la doctrina del Vicario de Cristo.

3.º Los que nieguen que los Papas son sucesores legítimos de Pedro, por derecho divino.

4.º Los que tengan la avilantez de pensar que las decisiones de los Concilios, por racionales que fuesen, son superiores al capricho del Pontífice.

5.º Que, en suma; toda la humanidad será maldecida por Pío IX el apóstata, en el siglo XIX, lo cual producirá las burlas del mundo entero.

¡Oh desmedido orgullo de la gente clerical!

¡Oh ambición inaudita de los ignorantes papistas!

Bien puede la Iglesia romana ir cerrando las puertas del infierno y—según la feliz expresión de teólogos más notables y publicistas modernos,—abrir las del cielo, so pena de quedarse reducido el número de sus elegidos á su mínima expresión, esto es, al de los 533 prelados que votaron á favor de la infalibilidad.

#### III

Pero digamos algo de lo que pasaba en el interior del Concilio, donde el desacuerdo sobre una multitud de puntos dogmáticos ha sido de lo más completo. En cuanto á la grave cuestión de la infalibilidad que ha dado motivo para tan graves cuestiones y tan reñidas controversias, diremos cuáles fueron los *potulata* formulados por diversos grupos de eclesiásticos sobre este importante asunto.

El primero era el de los infalibilistas, grupo Mannig, Desechas y *tutti quanti*. Este era el más importante.

Otro grupo de infalibilistas estaba separado del primero y era el titulado *italo-español*, formando entre los dos grupos 350 votos.

El tercer grupo eran los anti-infalibilistas, Rauscher, Dupanloup, Mathion, Schuvarzemberg Strossmayer, y los arzobispos de París y Lyon, que reunieron 200 votos.

El cuarto los prelados que llamaban del *tercer partido*, y formaban un grupo enteramente original, que pudieron muy bien arrastrar así la mayoría de los precedentes, si sus principales prelados hubiesen establecido una conducta más atractiva en el Concilio, contando entonces y con muy poco esfuerzo hasta 250 votos.

Dirigía este grupo Mr. Spalding.

Ya comprenderán nuestros lectores que con tan encontrados elementos, entre los hombres *iluminados* por el Espíritu Santo, poco satisfecho estaría Pío IX, que en un principio cuando todo se le ponía mal, pensó acudir al medio de la *aclamación*, que después de todo es el más socorrido para los casos de dudas.

Pero las circunstancias ha querido que el Papa triunfara.

La guerra franco-prusiana hizo conmovier hasta los últimos cimientos del edificio donde se celebraba el Concilio. A la declaración de guerra sucedió que circularon noticias por Roma de que Napoleón III retiraría sus tropas de los Estados Pontificios. Esta noticia, confirmada por la prensa de París y de Turín coincidía con la llegada de Ricciotti, Garibaldi, Pèpoli, Mazzini y Flourens, á Carfú.

Los prelados se asustan. El pánico más grande se apodera de los reunidos en Cónclave. Más de trescientos obispos y arzobispos salieron de Roma precipitadamente el día 16 de Julio. El día 17 se acordó votar la infalibilidad y suspender el Concilio, en medio del mayor sobresalto por las noticias que se recibían. (1)

Y en efecto, así se hizo. En la mañana del día 18 la mayoría de los presidentes dieron fin violentamente á la discusión general sobre la infalibilidad, con escándalo de las oposiciones.

(1) Desde el 3 de Julio el pánico se apoderó de los prelados. Los últimos partes comunicados por la Agencia Fabra, dan una idea de como terminó el Concilio Euménico. Helos aquí:

«París 29 de Julio de 1870.

«El emperador, antes de partir al Rhin, para emprender las operaciones contra las tropas prusianas, ha prevenido al Pontífice, que el 15 de Agosto no quedará ningún soldado francés en Roma.»

«Magnífico fin de fiesta para la proclamación del dogma de la infalibilidad del Papa!

Este otro parte es mejor:

«Roma 29 de Julio de 1870.

«El Papa se ha afectado mucho después de saber la terminante resolución de Napoleón III, en retirar las tropas de Roma.—Pánico aterrador entre los cardenales y el clero del Papa.

«Desde ayer no paran de salir los obispos que estaban aquí reunidos por el Concilio, en marcha precipitada á sus diócesis. Mañana no quedará uno sólo. Confusión en los conventos. Agitación en las parroquias. El Papa indica sus deseos de abandonar á Roma.»

El ilustrado obispo de Praga dejó oír su autorizada voz contra el acuerdo del Concilio, combatiendo el dogma de la infalibilidad, y su discurso hizo palidecer á los ultramontanos. Hé aquí los principales fragmentos de la notable oración de este sabio prelado.

«En mi patria, Santísimo Padre y en el seno de otras naciones católicas y apostólicas se habla de una reforma fundamental de la Iglesia, como si fuese en el siglo XIV, y en medio de la agitación política que reina hoy entre los pueblos, sentimos moverse también debajo de nuestros pies el terreno religioso.

«Y en este momento crítico distraéis la barrera levantada por vuestros predecesores, dais golpe formidable á la autoridad episcopal y rompéis con las antiguas que dan al Concilio ecuménico la dirección suprema en lo que es materia de fé; en semejante ocasión traéis á discusión ese proyecto, hace tanto tiempo condenado y unánimemente reprobado por la raza humana, el proyecto de la infalibilidad personal del Papa; en semejante ocasión pretendéis crear un nuevo dogma cuya ley el mundo no aceptará y vosotros mismos estáis convencidos de ello.

«Dicese y se afirma que los que votan este *sebema* no tienen la conciencia de su voto... Pues ni yo, ni los que piensen como yo, podremos admitir y reconocer solemnemente como verdadero y bueno lo que nos parece un contrasentido...

«Podréis esperar, por lo tanto, que si el concilio lo votare, reaparecerá el cisma y con el la anarquía de las creencias, despedazando así el seno de la Iglesia católica (1).

Tales fueron las acertadas palabras del sabio arzobispo de Praga, al lado del cual militaba otro prelado español, el obispo de Almería, el cual cansado de la farsa á que fué llamado á representar en Roma, visitó varios días el Concilio y acudió repetidas veces á la reunión de los prelados españoles, con quienes jamás pudo estar acorde. Una mañana decidió abandonar la Ciudad Eterna y no quiso hacerlo sin despedirse antes de S. S. á quien le dirigió las siguientes palabras:

«Santísimo Padre: Marcho hoy á mi diócesis á cuidar de mis ovejas, que así creo cumplir mejor con las obligaciones sagradas que me impone mi alto ministerio.

«Dejo aquí á vuestro lado los obispos que votarán la infalibilidad, que yo no reconozco, y contra la cual protexto desde el seno de mi conciencia, porque es absurdo, ridículo y contra la misma Iglesia el dogma que proponen en el *schema*.

«De él saldrá la ruina del Papado y también la de la Iglesia doscente. (2)»

#### IV

Tales fueron las enérgicas palabras del prelado español. Cónstanos que gran número de oradores, muy cerca de ciento, se habían inscrito para tomar la palabra al lado del arzobispo de Praga y del obispo de Almería, contra la infalibilidad que tan profundamente dividía el Concilio. Casi cincuenta prelados habían hablado ya; faltaban, pues, oír á una mitad; pero impacientes por acabar, á fin de que el enemigo no les sorprendiese en el Conciliábulo, los miembros de la

(1) El sabio obispo de Praga auguró fundadamente. No se pasaron seis meses de la votación de la infalibilidad, cuando Doellinger levantó la bandera de la reforma y formó la Iglesia libre, donde hoy comulgan los llamados viejos católicos.

(2) Este fue el primer fruto de la infalibilidad! Este ilustre prelado se retiró de Roma y al llegar á su diócesis juró la Constitución y publicó una Pastoral aconsejando al clero que lo imitase.

mayoría, según el artículo del reglamento, contra el que ciento trece obispos habían protestado antes, pidieron la terminación de las sesiones, asunto que, puesto á votación, fué aprobado por inmensa mayoría, ahogando antes las protestas de las minorías que querían hacer valer sus derechos.

Y sin embargo, es de notar:

1.º Que por el voto de terminación de las sesiones se ha retirado la palabra á los obispos que se habían inscrito para replicar á los oradores de la mayoría y á los miembros de la Comisión.

2.º Que no había sido la discusión bien dirigida; que existían puntos en la cuestión dogmática que han sido abordados muchas veces, y otros que no lo fueron más que á medias, y otros nada.

Pues bien, á pesar de estos graves motivos, á pesar del derrecho sagrado de los obispos, á pesar de los tan numerosos lazos amarrados contra los amantes á la libertad del Concilio, á pesar del escándalo y los males que á la Iglesia pueden de él resultar, se corta la discusión y se aprueba el dogma de la infalibilidad.

Ni la salud de las almas, ni la paz de la Iglesia y del mundo cristiano, ni el honor del Concilio, nada fué bastante fuerte á contrariar la pasión y el fin propuesto por la mayoría.

La votación se hizo y el Papa fué infalible desde aquel momento, por la gracia de 533 obispos,

Bien puede decirse que aquí murió el Papado y la supremacía de la Iglesia de Roma.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

## BOGOTÁ

POR MARTÍN GARCÍA MEROU

Santa Fé de Bogotá, recostada al pié de los cerros de Monserrate y Guadalupe, no se destaca sobre el fondo del horizonte; sus edificios parecen atachados: se ignora que aquella es la capital de una nación, hasta que estamos en su interior. Era día de mercado, y una turbamulta, abigarrada y compacta, se agolpaba en las calles por donde pasaba el carruaje. Nada es más extraño para el viajero que el aspecto de esta baja población indígena, doblegada por la miseria, sosteniendo en la espalda pesos abrumadores, con sus asnos éticos y miserables cargados hasta las orejas, con sus látigos de *guayacán*, sus piés desnudos, sus *ruanas* deshinchadas que no llegan á la cintura, y sus sombreros de paja que se desbandan á todos los vientos ó parecen un baluarte agujereado por la metralla enemiga. Las mujeres están en inmensa mayoría, y marchan con el cuerpo inclinado hácia delante para equilibrar la carga. En esos días, de todos los puntos del horizonte llegan á la cita comercial, las unas con sus bestias vacilantes, las otras con su humilde mercadería y su familia numerosa. Se diría una peregrinación inmensa que va á llevar sus ofrendas al altar de no se sabe qué dios oscuro y vengativo. Las carretas pesadas hacen rechinar sus ruedas enmohecidas, los bueyes sueltos las siguen valerosos y pacientes. De cuando en cuando, detiene la atención una cabeza puramente indígena, con los rasgos prominentes de la raza. Después, sigue la invariable sucesión de frentes deprimidas, de rostros cobrizos, de todos los tipos más curiosos de las bajas capas sociales. A cada paso, el espectáculo de la miseria oprime el corazón. Los mendigos se arrastran por todas partes; no se oye más que voces quejumbrosas que piden el óbolo de la caridad, no se ven más que informes masas humanas, acurrucadas al rayo del sol y ostentando llagas sanguinolentas. La elefancia hace millares de víctimas, hincha las carnes de los desgraciados y deforma sus piés. La mendicidad—como observaba un espiritual amigo,—está organizada como un ejército, y tiene como él una infantería, una caballería y una artillería. Los cuadros más

repugnantes se suceden sin interrupción. Falta en absoluto la policía, y cada tres pasos es necesario defenderse del ataque de unos de esos descamisados que sólo podría describir la pluma de Gautier, ó retratar el pincel vigoroso de Velázquez.

Muy pocas son las calles en que pueden transitar carruajes. Se les llama *camellón*, y son las que sirven de entrada á la ciudad. Las demás, las que bajan de E. á O., tienen en el centro *caños*, especie de cloacas descubiertas y casi á flor de tierra. El declive natural, arrastra el agua de esos caños á los que se arrojan todas las inmundicias, que van á caer al río de San Francisco, especie de Manzanares que siempre está en seco, y desempeña el papel de cloaca máxima. La atmósfera se encuentra á menudo saturada de vapores malsanos. El clima frío y ventoso, salva á esta ciudad de los horrores de una epidemia continua. Y, sin embargo, la viruela diezma las clases pobres, aglomeradas en tabucos sórdidos y mezquinos con una sola entrada, y que allí tienen el nombre de *tienda*. Las casas son generalmente bajas, de teja vetusta, con aleros que sobresalen y ventanas arrodilladas ó volantes. Su distribución es la antigua que nos han legado los españoles; patios y piezas alrededor. Los suburbios de la ciudad son tristes y carecen de vegetación. Todo esto que puede desagradar al amigo del *confort*, llama la atención del poeta y el *touriste* observador. Allí hay color local, originalidad, rasgos resaltantes de una civilización especial. De cuando en cuando, al recorrer la ciudad, se encuentran edificios de donde parece va á salir algún antiguo caballero con su armadura de hierro, haciendo temblar el suelo con sus pisadas fuertes y resonantes. Más lejos, un viejo escudo señorial, tallado en piedra, las tapias altas y monótonas de algún convento convertido en cuartel, los balcones ruinosos de lo que fué palacio de Jiménez de Quesada, todo recuerda un hecho colonial ó trae á la mente algún cuadro de las luchas incesantes que han convulsionado al país, antes de llegar á su organización actual. La curiosidad se despierta, la imaginación se exalta, y se piensa que, después de todo, tanto valen esas calles extrañas que conservan el sello del pasado, como las avenidas tiradas á cordel de nuestras metrópolis mercantiles.

Por lo demás Bogotá carece de monumentos que despierten el interés, de plazas elegantes y modernas, de paseos que lo embellezcan y le den desahogo. Algunas iglesias del tiempo de los españoles, el parquecito de Santander en que se encuentra una mediocre estatua del «hombre de las leyes», la plaza de Bolívar con la efigie en bronce del «Libertador», y el interminable edificio del Capitolio, corregido, remendado, trasformado de mil modos diversos por cada gobierno nuevo y cada arquitecto recién llegado,—es todo lo que puede mencionarse. No debemos insistir demasiado sobre esta faz mezquina de la población. Es necesario que el viajero recuerde las dificultades del viaje, la lentitud de la mancha, los gastos enormes de transporte, para comprender y disculpar este abandono. Una vez puesto en este terreno, encuentra tanto más dignos de asombro algunos, mobiliarios ricos, algunos grandes espejos, y el *confort* general de las habitaciones de la clase elevada. Con todo, todavía hay en el pueblo detalles de un salvajismo primitivo. Recuerdo la aglomeración de gente que se formaba en una de las calles principales de Bogotá, cada vez que una distinguidísima familia de mi relación, montaba en su landeau, llevado de París á hombro de indio. El cochero negro y su elegante librea, despertaban un interés perpetuo renovado, y cuando los caballos arrancaban como orgullosos de conducir á las bellas paseantes, todo el público lanzaba gritos de júbilo, los chiquillos corrían tras el carruaje, los comerciantes salían á las puertas de sus almacenes. Se hubiera creído que llegaba un regimiento á una aldea campesina.

La catedral ha tenido el destino de todos los edificios que siguen las peripecias por que atraviesa un país, antes de llegar á su estado

presente. Construida en 1563, se desplomó el día de su consagración. Recomenzada nueve años más tarde, no se le pudo dar fin. En 1807, se comenzó la actual, según los planos de un arquitecto capuchino que murió poco después. Por fin, en 1823, quedó definitivamente terminada, aunque sin seguirse exactamente las indicaciones del primer arquitecto, lo que es causa de algunos defectos que se notan en ella. Tiene unos ciento veinte metros de largo y 30 de ancho, sin contar la longitud de las capillas laterales. El edificio recibe luz por 12 grandes ventanas. Su conjunto tiene la forma de una cruz, cuyos brazos están formados por las capillas laterales inmediatas al presbiterio, en cuyas bóvedas descansan los restos de Gonzalo Jiménez de Quesada. Al lado de la catedral, se encuentra la capilla del Sagrario, cuyo interior tiene algunos cuadros de bastante mérito artístico, y un sagrario de caray de primorosa y paciente ejecución.

Bogotá posee también un observatorio astronómico, comenzado en 1802, bajo la dirección de José C. Mutiz, y una importante Biblioteca Nacional. El primero se encuentra en el centro de un jardín y tiene la forma de una torre octogonal. Si bien hasta hoy no es muy rico en instrumentos, día por día se hacen nuevas adquisiciones y muy pronto ocupaba el lugar importante á que está destinado por su ventajosa posición. La Biblioteca, fundada á principios de 1777, ocupa cuatro grandes salones y se halla bajo la sabia y laboriosa dirección de D. Miguel Antonio Caro. Está dividida en tres departamentos: el primero, de obras nacionales; el segundo, de americanas y el tercero, de extranjeras; todo lo cual forma un conjunto de cincuenta á sesenta mil volúmenes. El Museo, anexo á ella, contiene pocas, aunque verdaderas curiosidades históricas, y una colección bastante numerosa de antigüedades chibchas.

Pero en aquella ciudad, perdido en un picacho de los Andes, no es el exterior lo que conforta; es la cultura moral é intelectual, la sociedad amena y distinguida, el hogar lleno de franqueza y de virtud, la leal y cariñosa hospitalidad con que se acoge al extranjero; condiciones que existen en todos los pueblos americanos, pero que, en ninguno como en éste están tan desarrolladas y se manifiestan con formas tan agradables. La historia de Colombia está llena de nombres distinguidos en la ciencia, en las artes, en la política. Todos se han acogido al seno cariñoso de la capital, y aun en el día, los talentos más notables acuden á ella del confin de la República, como creyendo indispensable su consagración. En el foro, en el Parlamento se escuchan voces elocuentes, nutridas en la meditación y el estudio, levantándose siempre en defensa de causas nobles. En la prensa periódica se discuten doctrinas elevadas y raras veces se ponen en tela de juicio las personalidades desnudas. En el seno de las familias, predomina un espíritu de cultura y de distinción, que hace grata su sociedad y que alegra el corazón. Las mujeres son bellas y aman los grandes ideales, la música y la poesía son sus ocupaciones favoritas. Hasta en las mismas fiestas de salón hay algo más que la venalidad de una *soirée* almidonada. Se cultiva la conversación espiritual y amena, se aprecia y se distingue el talento se comprende que en aquel pueblo aislado y pobre, donde no hay teatro—pues no puede llamarse así un inmundo galimatías que, cada tres ó cuatro años, berrean algunos cómicos de la lengua que escapan en quiebra poco después,—donde no existe ninguna de las mil diversiones que hacen la vida tan rápida en Europa ó en nuestras metrópolis modernas, ha sido necesario buscar en el fondo del hogar, en ese *home* respetado y querido donde se complace la virtud, todas las mil comodidades y diversiones que faltaban en el exterior. Así, y no de otra manera, se explica la originalidad y el poder de este espíritu bogotano desde la más remota antigüedad, así se comprende que, sin estímulo de ninguna especie, sin apoyo de ningún género, aquel pueblo se enorgullezca de haber producido en

épocas pasadas á sabios de la talla de Mutiz y Caldas, y en la presente posea hombres distinguidos de toda especie y una literatura, de que me será forzoso hablar con detención, rica, original y propia.

FRANCISCO DE LA FUENTE.

## LA VIDA LITERARIA

Dumas, hijo, condensó en unas cuantas líneas del prefacio del *Hijo natural*, todos los sufrimientos de la vida literaria, desde los tormentos del joven principiante, á quien la necesidad obliga á la febril producción diaria, hasta el martirio de los grandes escritores, que frecuentemente no encuentran al fin de su carrera más que el insulto y el desdén.

Es un cuadro aterrador, pero lleno de verdad. Alejandro Dumas conoce bien la vida literaria, y eso que él no puede quejarse, él no ha sido de los mártires de las letras, que mueren al principio ó á la mitad del camino.

Lo que Dumas escribió refiriéndose á los que en París se dedican al cultivo de la literatura, podría aplicarse, con la sola variación de recargar aun más las tintas sombrías, á los que entre nosotros viven del oficio de escribir para el público.

La serie de percances que constituyen la vida de un escritor en nuestra patria es interminable; por eso no podremos bosquejar más que una pequeñísima parte de todo lo que se nos ocurre al acordarnos de su figura, muchas veces triste, y alguna vez gigantesca.

El escritor en España es un ser misterioso, juzgado de tan distintas maneras, que apenas podría definírsela.

Para unos es un ente estafalario, para otros un ángel caído; éste lo califica de hombre llorón, aquel oye en su voz coros diversos, inspirados sólo á él; casi todos le llaman loco, pero todos le aceptan, le bendicen y le aplauden en medio de opiniones tan contradictorias.

Entiéndase que, al decir escritor, significa tanto como si dijéramos que escribe en verso ó prosa. Bajo esta denominación comprendemos á todos los que se dedican á escribir para el público.

¿Qué fenómeno acontece con el escritor?

En nuestra opinión uno muy sencillo. El verdadero escritor, á quien dicho sea de paso, no debe confundirse con los mil y mil escritorzuelos que corren por esos mundos, es un ser especial, y al salirse de la regla general es objeto de observación.

El escritor, mariposa con alas refulgentes, peregrino errante, ángel caído en este suelo, es siempre desgraciado; él siente cual nadie la nostalgia de un mundo mejor; él padece la enfermedad de lo real, porque lo real le hiere como una punzante espina, porque la idea soñada es siempre muy superior á la idea realizada, y la idea realizada es para él el desencanto.

Cuando no puede crear, sueña, y sus sueños son creaciones; su prodigiosa fantasía modela, edifica, cincela, dibuja y pinta con pincel de fuego, sus aspiraciones no encuentran nunca la meta, sus deseos no tienen límites, y aunque en este páramo no atraviase más que áridas sendas cubiertas de abrojos, siempre tiene en perspectiva bajo diáfano cendal, ilusiones de múltiples colores que flotan en los espacios cual una nube de plumas desprendidas del colibrí.

Si los escritores no tuviesen necesidad de comer, si pudieran vivir como los hongos, y no se viesen obligados á servirse de los sastres y de los caseros, puede ser que entonces fuese una gran profesión la de escribir para el público.

Pero como no pueden prescindir de satisfacer las necesidades que tiene todo hombre, ni tienen casa que no les cueste dinero, como no sea algún manicomio, se ven reducidos á la más cruel condición.

El que ame la gloria, renuncia á su felicidad.

Esto lo ha dicho no sé quién; pero sea quien fuere, ha dicho una gran verdad; porque la

gloria es demasiado sublime para armonizar con las miras especulativas de todo hombre que trabaja sólo para ganarse la subsistencia.

¿Quieren Vds. un ejemplo vivo de lo que venimos diciendo? Pues manos á la obra.

Hélo aquí:

\*\*\*

Nace nuestro héroe en un apartado villorrio, aprende los primeros rudimentos de la enseñanza, y demuestra singulares aptitudes para el estudio. Sus padres, honrados labradores, en vista de las excelentes disposiciones que revela el rapazuelo, bien quisieran que siguiera una carrera, pero su estado no les permite sufragar los gastos que esto les ocasionaría, y desisten de su empeño.

La resolución adoptada no pareció muy buena á nuestro héroe, pero convencido de la imposibilidad absoluta en que se halla de dar pasto á sus aficiones literarias, se resignó á seguir el derrotero que le marcaron sus progenitores.

Durante algún tiempo vivió libre y feliz consagrado á las labores agrícolas, sembrando con orgullo el grano que luego recogía multiplicado.

Al llegar la noche comía delante del hogar paterno el pan ganado durante el día; cada uno de sus pasos, de sus movimientos, producía la vida por todas partes.

En las horas de descanso, ora se extasiaba en la contemplación de la Naturaleza, ora se consagraba á ilustrar su inteligencia leyendo algunos libros que le prestaba el buen cura del lugar, descuidando algún tanto los trabajos que sus padres le encomendaran.

Cada día que trascurría iba apoderándose más y más de su alma aquella irresistible vocación literaria que le mantenía en un estado de febril desasosiego, que sólo aliviaba con la larga y fatigosa lectura.

Ardía en deseos de leerlo y saberlo todo, y conforme su mente se iba elevando y entreviendo mayores horizontes, lo que al principio había sido afición incorregible, tornóse en pasión delirante y sed insaciable de conocimientos, y á los encantos de la poesía ó de la rima, y á los dulces y suaves goces de la lectura, sustituyeron bien pronto en su ánimo, ya preparado debidamente, los deseos de trasladar al papel sus impresiones.

Mal avenido con el estrecho horizonte que le ofrecía el lugar de su nacimiento, se apoderó de su corazón el deseo de trasladarse á la capital de España, donde creía poder conquistar muchos laureles en los combates de la inteligencia.

Expuso á sus padres el pensamiento que le atormentaba, y éstos, después que se convencieron de la imposibilidad de disuadirle de lo que ellos consideraban temerario proyecto, accedieron á que emprendiera el viaje deseado á la capital de España.

Llegó Juan á Madrid, que así se llamaba el héroe de nuestra historia, con muchos manuscritos en la maleta y pocos pesos duros en el bolsillo.

Estaba loco de contento. La capital de España parecía un paraíso.

Su corazón albergaba gran caudal de nobles y levantadas ideas para emprender la lucha titánica del talento desvalido, para lograr á través de todo género de obstáculos y dificultades, la merecida recompensa de sus esfuerzos y conquistar la fortuna, tan esquiva para los hombres de ingenio como benévola con los ignorantes.

El trabajo de la inteligencia, la poesía, la fama, la gloria, la dignidad, el orgullo, el valor para sufrir reveses, la diferencia por la vida material... Todas las palabras que expresan nobles deseos, aspiraciones elevadas, hallaban cabida en el corazón de Juan, y todas ellas dejaban adivinar al hombre que comienza á vivir con la entusiasta candidez de los pechos generosos.

Su carácter era dulce y enérgico: dulce hasta la rudeza, cual si temiera que se adivinara su bondad, y enérgico hasta el sacrificio. Salvó los obstáculos grandes, pero se detuvo

ante los pequeños; retrocedió espantado ante el disimulo y la mentira; creía que una bajeza era más odiosa que un crimen; prefería la desgracia á la fortuna y la estimación de sí propio al aprecio de los demás, con tal de no ceder nunca en el terreno de la justicia.

La literatura es para Juan un sacerdocio. Combatir el error y defender la verdad; ponerse del lado de los oprimidos contra los opresores; caer con los vencidos para no levantarse con los vencedores; atacar la injusticia; valerse de palabras duras para preparar acciones sublimes, todo esto dulcificado con cantos al amor, á la paz y á la naturaleza, tal era la misión que se creía llamado á cumplir en literatura.

Los primeros pasos fueron sus primeros desengaños; pero no por eso desalentó ni se entibiaron las creencias y las esperanzas que abrigaba su noble corazón.

No pudiendo vivir de su pluma, vivió de su letra.

Sirvió en calidad de amanuense á varios afamados jurisperitos.

El que más tarde tal vez despertara la admiración del universo, pensaba en su obra copiando pliegos de curia.

Los más sublimes pensamientos, las creaciones más grandiosas, las obras del ingenio que han conseguido entusiasmar no sólo á un pueblo, sino al mundo entero, han nacido en las condiciones más humildes.

Cervantes escribió su inmortal *Quijote* en una cárcel; en el destierro concibió sus mejores obras Ovidio; Moliere trazó muchos de sus admirables cuadros de costumbres en las posadas ó en las miserables habitaciones en donde se albergaba con su compañía de cómicos de la legua; Dumas escribió su primer drama, el que leyó el gran Talma, en una pobre guardilla, tal vez en un cuartel idearon Garcia Gutiérrez su *Trovador*, y Fernández y González su novela *La mancha de sangre*; en el modesto taller de ebanista de su honradísimo padre, escribió Hartzzenbusch *Los amantes de Teruel*, y Eulogio Florentino Sanz escribió *Don Francisco de Quevedo*, acostado durante la noche en los bancos de la Plaza de Oriente por no tener hogar.

¿Qué hay más doloroso que el espectáculo del genio luchando con la miseria?

Entre la aspiración á la gloria y á la celebridad, hay infinitas barreras.

El presente robaba el porvenir á nuestro héroe.

Pero dotado de una fuerza de voluntad inquebrantable, venció con santa resignación los obstáculos de su pobreza.

Quitándose el sueño y el descanso, va escribiendo la obra que le ha de coronar de gloria más tarde.

Juan, lleno de noble fe, se entrega en brazos de su inspiración, y desde el momento en que medita el asunto de su obra, se asemeja al hombre que coloca su fortuna ó su porvenir al lado de una sota de copas.

Véanlo ustedes trabajar días y noches con el mayor entusiasmo, oprimiendo su cabeza entre las manos, y haciéndole sudar ideas con que llenar las cuartillas que tiene delante. Véanle ustedes, cómo después de haberse acostado y apagado la luz, vuelve á encenderla y toma otra vez la pluma para apuntar un pensamiento feliz antes que se le escape.

Al despertar por la mañana, le entregan una carta de un tal D. Dimas, que dice á Juan estas palabras:

«Muy señor mío: A pesar de lo que V. me prometió, no ha venido á traerme las 200 pesetas que me debe, por cuya razón le advierto que no puedo esperar á que termine su obra. Con que vea de satisfacerme mañana, porque no haciéndolo así, acudiré á los tribunales.»

Pero á Juan nada le importan estas amenazas, porque sabe muy bien que su fecunda imaginación es un tesoro, y tiene la seguridad de que aquella obra que tanto le preocupa, le dará inmarcesible gloria y dinero en abundancia para hacer callar á los miserables usureros, que no comprenden otra gloria que la que se puede encerrar en un talego de pesetas.

¡Pobre Juan! Su amor propio y el cariño que tiene á su obra, le ciegan, lo mismo que á los padres les ciega el amor que profesan á sus hijos.

No se interrumpiría el fuego santo de la inspiración que brilla en la mente del escritor, si no llegaran algunas horas en que tiene que acordarse del almuerzo ó de la comida.

¡Oh! Entonces se vé obligado á soltar la pluma y á pensar seriamente en los medios de conservarse, para dar cima á la grandiosa empresa que ha de ser su felicidad.

El pobre Juan pudiera haber ahorrado algunos reales, para ir viviendo mientras escribe su obra; pero desde los primeros momentos de su vida literaria ha empezado ya á eslabonarse la dura cadena de sus males.

Por eso le vemos levantarse, para ir á un café ó á una fonda económica, donde le sirven una repugnante gazofia que llaman comida.

Después acude en busca de uno de sus amigos, de quien por fortuna recibe el encargo de escribir un tratado de obstetricia.

La obra sublime que le preocupa tiene que quedar en suspenso, mientras su autor acude á la biblioteca del colegio de San Carlos, para tomar los datos necesarios y formular con ellos aquel libro que se le ha encomendado con la mayor premura.

La transición no puede ser más violenta; es preciso hacer callar á los ingleses, es preciso comprar unas botas y presentarse ante las gentes con la decencia debida.

Y hé aqui que nuestro buen Juan tiene que estudiar una ciencia difícil, y emplear todo su talento y aplicación para conseguir sus nobles propósitos.

Terminado el tratado y cobrada una mezquina retribución, vuelve á su retirado desván, lleno de ideas grandiosas y elevados pensamientos.

Y vuelve á trabajar en su obra, y á rehacer todo aquello que no conceptúa bastante sublime.

Han pasado tres meses. La obra está casi concluida; escribe las últimas cuartillas en el momento en que es interrumpido por uno de sus más íntimos amigos. Juan no puede menos de leerle algunos trozos de su producción y de explicarle el argumento. El amigo se entusiasma, y dice que la obra es magnífica, y que su éxito será asombroso.

Aquel día, Juan no es dueño de una peseta. Sus recursos están agotados, y también su paciencia, al considerar las insolentes palabras que le dirigen sus acreedores.

Pero la alegría de haber recibido los aplausos de un amigo muy inteligente, es superior á todos sus males, y la misma fe que enalteció la constancia y heroísmo de Colón antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, es la que le presta fuerza para olvidar cuantas desdichas le rodean.

Mucho ha sufrido, mucho ha velado durante el tiempo que empleó en escribir su obra; pero ya ha conseguido vencer todos obstáculos; ya el pensamiento capital está desarrollado y sólo falta el final.

—Animo, pues, dice volviendo á tomar la pluma y arrojando debajo de la mesa dos papeletas de citación que le ha traído el alguacil del juzgado. Animo y terminemos esta obra que ha de enaltecer mi nombre.

Juan escribe durante algunas horas, al cabo de las cuales arroja la pluma lleno de alegría, como el guerrero que planta su pendón victorioso en la torre más alta de la ciudad rendida.

La dicha que entonces disfruta es la más grande y frenética que imaginarse puede.

Privado en tales circunstancias de los placeres más halagüeños; hacédle sufrir las mayores y más crueles contrariedades: nada le impresionará.

Pero rasgad su precioso manuscrito, y le veréis dispuesto al crimen, y entregado á la más violenta desesperación.

¡Ay! el desdichado Juan no ha hecho más que ganar la primera instancia de un pleito difícil y costoso. Ha acertado la primera carta á la que puso su capital.

Ha concluido su obra, y no piensa aún en las desdichas que le esperan; acaso la alegría que en tales momentos experimenta, será el único galardón que reciba después de tantas vigiliass, de tantos afanes y privaciones.

Terminada una lucha, empieza otra más terrible, quiere que el público le juzgue.

Desde este instante, se vé obligado á despejar una incógnita: esta incógnita es el editor.

Después de muchas idas y venidas, de muchas antesalas, consigue hacerse oír de uno; y cuando espera que va á adivinarle, la solemne indiferencia con que es recibido produce en su alma el más horrible desengaño.

Propone su obra y le responde:

—Amigo mío, siento mucho no poder publicarla; su nombre de V. no es conocido.

—Para que lo conozca es menester que publique mi primera obra.

—Tiene V. razón; pero mi negocio no es arruinarme, y de seguro me arruinaría publicando la obra de un desconocido.

—Sin embargo, mi obra puede interesar; léala V.

—Yo no puedo perder el tiempo en esas bagatelas.

—¿Qué hacer entonces?

—Haga V. un nombre, y vuelva por aquí.

El desaliento que esto lleva al ánimo de Juan no es para descrito.

—Haré un sacrificio, se dice; me quitaré el sueño y el pan si es necesario, y publicaré el libro por mi cuenta.

Hecho este propósito, comienza á realizarlo, reuniendo, á fuerza de ímprobo trabajo, lo necesario para imprimir su obra; vuelve á hacerse toda clase de ilusiones, y al fin la ve en disposición de ser vendida al público.

¡Cuántos pasos tiene que dar para que los libreros la admitan, y para que los periódicos la consagren un estereotipado suelticillo!

Pero no es esto lo peor: después de haber llevado su obra á las librerías, espera el resultado de la venta.

Pasa un mes, Juan recorre las librerías, y casi todos los libreros le dicen que no han vendido ejemplares.

Pasan tres, cuatro, seis meses, y el autor, que espera el precio de los ejemplares para pagar á la imprenta, se desespera.

—Créame V., le dice un librero, no se venderá un sólo ejemplar; y si no quiere usted perderlo todo, debe venderlo al peso.

Deja pasar otra larga temporada, y al fin y al cabo tiene que vender nuestro desdichado Juan al peso sus más queridas ilusiones.

Entonces el librero, que ha hecho un buen negocio, imprime una nueva portada, en la que pone «Segunda edición», y vende los libros.

Esto al fin da á conocer á Juan, y ya le es fácil hallar un editor.

Pero no se crea por esto que ha vencido ya todos los obstáculos.

Aun le quedaban otros muchos que vencer.

Unas veces le encargan artículos con gran insistencia los principales periódicos, que luego no le pagan, y otros le piden gratis el fruto de su inteligencia.

Porque en España ocurren cosas con el trabajo literario, que da vergüenza relatarlas.

Aquí todo puede comprarse y venderse, menos el trabajo del ingenio.

Sin duda porque hay aquí mucho literato deseando aprovechar la ocasión de que impriman sus elucubraciones, publiquen su retrato y hagan su biografía.

Por eso los que no tienen esa necesidad, los que viven de su trabajo y los que no dan gratis lo que hacen por el dinero, se encuentran siempre postergados.

Así como al médico se le paga la salud sin faltarle al respeto; al abogado se le paga la justicia sin faltarle al respeto, bien puede al escritor pagársele la prosa y el verso, producto de sus estudios y su talento, sin que por ello se le falte tampoco al respeto.

Muy al contrario, la falta de respeto consiste en la facilidad con que se piden gratis los trabajos literarios.

En una palabra, los que toman por lo serio

la carrera de escritor, puesto que viven de ella, necesitan vivir en sociedad independientemente y decentemente.

Para ello tienen necesidad de pagar sus gastos, y el que paga sus gastos, el que no vive entrapando al prójimo, el que no es ni quiere ser ministerial de nadie, el que no ha cogido el premio gordo de la Lotería, no puede dar gratis el fruto de su inteligencia.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## DON ANTONIO GUTIERREZ

Sabio profesor de las ciencias fisico-matemáticas (1)

Pocos deberes en mi vida me han sido más gratos y más difíciles á la par, que el que voy á cumplir en este momento por encargo de nuestro docto y siempre queridísimo maestro, D. Mariano Santisteban, ilustre fundador del Liceo Escolar Matritense.

Temo, y con sobrado fundamento, que la premura del tiempo y la cortedad de mi ingenio no consientan que yo cumpla con mi cometido del modo que vosotros quisierais; pero confiado en vuestro cariño y benevolencia me atrevo á leeros este incorrecto y desaliñado escrito consagrado á honrar la gratísima memoria del eminente profesor de ciencias fisico-matemáticas D. Antonio Gutiérrez. Pero antes de dar comienzo á mi tarea habéis de permitirme trazar, siquiera sea á grandes rasgos, un cuadro del estado de las ciencias y las letras en España antes de aparecer este ilustre cultivador de las ciencias fisico-matemáticas.

Durante la dominación de los godos existieron algunas escuelas dedicadas al estudio y cultivo de las ciencias, restos las unas de las establecidas por los romanos, creadas las otras por el clero, que desaparecieron casi todas con la conquista de España por los árabes; y las pocas que para la educación de los fieles quedaron en el territorio ocupado por los moros, y consentidas por éstos, perdieron su importancia al lado de las más célebres que erigió la ilustración de los dominadores. En cuanto á los cristianos libres, reducidos á las asperezas de Covadonga, ocupados primero en defenderse contra el poder formidable de sus enemigos, y luego en recuperar palmo á palmo la tierra de sus mayores, únicamente el ejercicio de las armas era el que les dominaba, no quedándoles lugar para las pacíficas luchas del entendimiento. Guerreros y no estudiantes se necesitaban en tan tremenda crisis: todos eran soldados; y hasta los ministros del altar, á quienes más particularmente incumbía el conservar la moribunda antorcha del saber, tenían que abandonar la pluma por la espada, y lanzarse á los combates en defensa de sus Dios y de su patria.

Era además aquella la época en que por toda Europa se eclipsaban los últimos restos de la civilización antigua. En vano Carlo-Magno procuró detener la decadencia dando nuevo impulso á los estudios: ocupado á su muerte el Occidente en la larga elaboración del feudalismo, triste fin que tuvo su dilatado imperio, se completó la barbarie á que había dado principio las invasiones septentrionales; y durante más de tres siglos, castillos y no escuelas se alzaban por do quiera; armas y no libros se fabricaban; guerras y no discusiones literarias y científicas se promovían entre los conmovidos pueblos.

Pero no está la especie humana condenada á padecer un eclipse que la envuelva por entero en las perdurables sombras de la ignorancia, y siempre existe un principio conservador que alimenta la fuerza vital y progresiva del entendimiento. Grande error sería suponer que durante aquellos siglos, llamados de barbarie, se apagó del todo la luz de la ciencia, sin que nada quedase de la obra de Carlo-Magno. El hijo y los nietos de este gran hombre, educados en su escuela palatina, blasonaban de

doctos: y en medio de sus interminables guerras, dispensaron protección á la enseñanza.

El clero, depositario entonces del saber, coadyuvaba á sus miras, sosteniendo en iglesias y monasterios algunas escuelas donde se aprendía gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música. Verdad es que estos estudios apenas aprovechaban más que á los que seguían la carrera eclesiástica: los seculares abandonaban cada vez más las escuelas; y las invasiones normandas, la disolución de los últimos restos del imperio carlo-vingio, produjeron, aun en el clero, si no retroceso, al menos paralización respecto de las ciencias, que no volvieron á dar señales de vida hasta que asentada de un modo firme en el trono la dinastía de los Capetos, fué organizándose la Universidad de París, origen y vehículo de la ilustración francesa.

Entonces, en aquel singular palenque de maestros y alumnos que acudían de todo el orbe, Guillermo Champeaux, Pedro Lombardo, Roscelino, Abelardo y otros sabios elocuentes, produjeron un movimiento que extendiéndose á todas partes, fué, por decirlo así, el despertador del genio europeo, que desde entonces empezó á desplegar el vuelo que á tanto se ha remontado en los tiempos modernos. El siglo XII, tan despreciado generalmente cuando se pondera la ignorancia de la Edad media, es, sin embargo, uno de los que más sobresalen en los anales del mundo, porque en él se ve á la civilización recibir un poderoso impulso para entrar en nuevas vías de actividad y progreso. Las grandes cuestiones literarias y filosóficas, saliendo de la oscuridad de los claustros, se controvierten á la luz del día, se apoderan de todas las cabezas pensadoras, y producen ruidosas disputas, en las que si bien no faltan intolerancias y persecuciones, hay movimiento y vida. Porque el entendimiento humano, en su laboriosa carrera, no camina sino entre escollos, que, si á veces le detienen, sirven también para darle más bríos con los rudos combates á que se ve obligado. El siglo XII fué, pues, el punto de partida de la civilización europea: en él la enseñanza adquirió grande importancia y empezó á organizarse por todos lados; en él creáronse multitud de escuelas, y de aquella época data el origen de las más célebres Universidades.

Si en las orillas del Sena, como también en las de Támesis, del Pó, y en otros puntos de Europa, renacía de esta suerte la civilización, no sucedía lo mismo en el Norte de la Península Ibérica, colocado en circunstancias menos favorables, y donde el retroceso intelectual hubo de ser espantoso.

Otra era la suerte de las letras y las ciencias en el mediodía de España, donde desde los primeros años de la conquista asentaron los moros su imperio sin contradicción alguna, manteniendo viva, por medio de sus comunicaciones con el Oriente, una civilización especial, que así se prestaba á los encantos de la más exuberante poesía, como á las abstracciones de las ciencias exactas y á las sutilezas de la metafísica. Los árabes, pasado que hubo el primer ímpetu de su fanatismo conquistador, luego que se vieron dueños de las más bellas regiones asiáticas donde se conservaban esplendorosos restos del saber antiguo, no pudieron menos de sentirse avasallados por los portentos de las artes que los rodeaban, y por la influencia de los que si bien esclavos suyos, los aventajaban tanto en ilustración y cultura. Amantes de la poesía, de ingenio vivo y penetrante, de comprensión fácil, aunque más sutiles que profundos, abandonaron pronto sus instintos destructores, y se dedicaron al cultivo de las letras y ciencias, dándoles cierto carácter peculiar, que después influyó no poco en la cultura europea. Preciso es hacerles justicia. Trajeron éstos, es verdad, en sus costumbres y leyes, principios que, desarrollados á su tiempo, han sido favorables á la civilización del mundo; pero al arrojarse sobre el coloso romano, hubo entre ellos y los musulmanes la enorme diferencia de presentarse como destructores del saber de los vencidos, mientras los segundos se envanecieron con el papel de

sus continuadores. Los árabes, por la influencia que al fin ejercieron sobre el Occidente, hicieron retroceder la barbarie que le cubría. Remontáronse á las fuentes eternas de la sabiduría griega; y no contentos con salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, abrieron nuevas vías al estudio de las ciencias y de la naturaleza. Las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina, fueron objeto de sus desvelos. Tradujeron la mayor parte de las obras científicas de los griegos, particularmente las de Aristóteles y Ptolomeo; dieron á conocer los guarismos que llevan su nombre y que tanto han influido en la ciencia del cálculo, crearon, por decirlo así, el álgebra que los griegos no habían hecho más que divisar; fundaron las ciencias químicas, aunque con ellas trataron sólo de hallar el oro y la panacea universal; hicieron la primera medición del meridiano terrestre; fueron tal vez los introductores del papel, de la pólvora, de la brújula y de otros inventos de suma trascendencia atribuidos á la Edad Media; y en fin, produjeron tal número de sabios, que extendiéndose por todas partes, llevaron al Occidente la fama de su ciencia y los gérmenes de una nueva cultura. No se quedaron atrás sus hermanos de España y antes bien los aventajaron; conservando por más tiempo la antorcha del saber que en Asia se fué extinguiendo en medio de las continuas revoluciones que sufrieron aquellos desventurados países y las escuelas, academias y demás establecimientos de Andalucía, en que muchos encuentran el origen y modelo de las Universidades, juntamente con los hombres doctos que formaban, adquiriendo tal celebridad, que desde los puntos más remotos acudían cuantos impulsados por el ansia de instrucción, querían beberla en sus más puras y abundantes fuentes.

¡Qué espectáculo tan magnífico el de aquella otra época en que maravillando España á toda Europa con el poder de sus armas, la aventajaba también, como más ilustrada, en los dominios de la inteligencia, siendo á la par famosa por sus guerreros, sabios, literatos y artistas! Entonces Antonio de Nebrija, Álvarez y el Brocense restauran el estudio de la verdadera lengua latina tan barbarizada en el trascurso de los tiempos medios. Cisneros, congregando á los varones más versados en las lenguas sabias, imprime en Alcalá la primera Biblia poliglota, trabajo colosal que se repite luego en Amberes, bajo la dirección de Arias Montano, célebre por su vasta erudición. Luis Vives, indicando los medios de llegar á la verdadera filosofía, precede á Bacon, y tal vez le hubiera arrebatado su gloria, á no vivir en un país que ya empezaba á sentir el yugo de la Inquisición sobre el pensamiento. Antonio Agustín restablece el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica, y el maestro Cano aclara las fuentes de donde dimanaban las verdades divinas, brillando en los mismos trabajos los Victorias, los Maldonados, los Sepúlvedas, los Covarrubias y otros mil, lumbreras todos de ambos derechos y de la teología. Pedro Monzón introduce la loable costumbre de enseñar la aritmética y geometría antes de entrar en los estudios filosóficos. Pedro Ciruelo es llamado desde la Universidad de Salamanca á la de París para ser allí primer catedrático de matemáticas, honor que cupo también á otros muchos españoles que enseñaron con brillantez en las más célebres escuelas extranjeras. De la misma Universidad de Salamanca salen maestros para la corrección del decreto de Graciano, y para concluir y perfeccionar la del cómputo eclesiástico gregoriano. Nuestros obispos son los que más brillan en los concilios de Basilea y de Trento. Pedro Ponce inventó el arte de hacer hablar á los mudos. Blasco de Garay hace el primer ensayo de mover los buques sin el impulso de viento y de las velas, Fernández Pérez de Oliva, Fray Luis de León, Avila y Granada se immortalizan en los anales de la elocuencia. La poesía produce tantos y tan insignes varones, que por demasiado conocidos no es menester nombrarlos, Lope de Vega y su escuela abren al teatro el camino que le conviene seguir en los tiempos

(1) Discurso leído por su autor en la sesión que en honor de D. Antonio Gutiérrez, celebró el Liceo Escolar Matritense.

modernos. Florian de Ocampo, Garibay, Mariana, Zurita, Hurtado de Mendoza, son de los primeros que en Europa escriben verdaderas historias, abandonando el terreno de las crónicas, donde también los nuestros habían sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Rivadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organización de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran diplomáticos tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes, cuya gloria se prolonga por más tiempo, porque no asustan á la Inquisición ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguete. Cano, Murillo, Velázquez, Zurbarán y otros mil que elevan la cultura y la pintura á un punto tal, que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustración y de su ingenio.

Después de haber llegado á tal altura en aquella brillante época de nuestra historia, ¿cómo vinimos á quedar tan rezagados, que nos tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vimos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un día el más eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia; pero habiéndome propuesto trazar, aunque al correr de la pluma, un cuadro completo de las ciencias en España, no puedo menos de señalar algunas de las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual.

Las principales fueron, en mi humilde sentir: la expulsión de los judíos primero, y luego la de los moriscos, que tras de alejar de España á gran número de habitantes, la privó de una población activa y laboriosa. Otra parte enérgica y emprendedora del pueblo se perdió para la Península, ya en las continuas y antinacionales guerras que la errada política de la casa de Austria promovía por toda Europa, ya en los países remotos del Nuevo-Mundo donde el entusiasmo religioso y la codicia del oro, llevaban á una atrevida multitud. Los conventos sepultaron en su seno infecundo la flor de nuestros campos y la esperanza de nuestros talleres.

Las riquezas de América, traídas á España, pasaron por ella como por un canal, para dejarnos la holganza, y llevar á otros climas los estímulos del trabajo, pues ya nos limitábamos á comprar lo que otros fabricaban. Y si á todo esto se agrega la persecución continua y organizada, que no descansa, que se extiende por todas partes, que se apodera del hombre desde la cuna para no dejarlo hasta el sepulcro; que está en acecho de todo acto de la libre razón para castigarlo; que al menor asomo de independencia acude con suplicios para reprimirlo, que por último, traza el círculo inflexible dentro del cual ha de permanecer encadenado el pensamiento, esta persecución, sí, que mata la inteligencia, apaga el genio, y convierte en pigmeos á los que pudieran ser gigantes.

Muy distinto fué el papel que empezamos á representar en el mundo científico á fines del reinado de Carlos III, y durante el de su hijo que en este punto continuó la obra de su predecesor. Don Jorge Juan y D. Antonio Ulloa son asociados á la medición del meridiano en el Perú, como posteriormente lo fueron los astrónomos Rodríguez y Chaix á igual operación en las costas del Mediterráneo. El primero de aquellos dos distinguidos marinos publica, á la vuelta de su expedición, obras notables, particularmente su tratado sobre construcciones navales que tanta celebridad le granjeó en Europa. El y su compañero Ulloa, comunican un grande impulso á las matemáticas, siguiéndoles los Padres Eximeno, Casal y Tosca, juntamente con Rosell, Cedillo, Bails, Tofiño, Mazarredo y otros que dan á luz trabajos apreciables, y hasta tratados extensos de estas ciencias. Don Tomás López y el citado Tofiño ilus-

tran la geografía con obras excelentes, siendo aún muy apreciadas las del último para fijar el derrotero de las costas del Mediterráneo. Martínez, Cervi, Piquer, Virgili, Barnades, Casal, Luque, y más tarde Severo López representan dignamente la medicina española, contribuyendo con sus escritos al nuevo esplendor que la realza. Dávila y Bowles reúnen preciosas colecciones de objetos naturales; y Quer, Ortega, Palau, Barnades, Cavanilles, cultivan con honra la botánica. Ortega y Proust ejecutan en sus laboratorios interesantes indagaciones químicas. Malespina emprende alrededor del mundo un viaje científico de provechosos resultados. La escuela de ingenieros civiles da esperanza de que al fin las obras públicas no necesitarán recurrir á los extranjeros. El cuerpo de cosmógrafos promete un risueño porvenir á la geografía. El observatorio de la isla de San Fernando empieza á sacar á la astronomía de su lastimoso abandono; y Tofiño, Mazarredo, Mendoza, Alcalá Galiano; Ciscar, Luyando, Ulloa, publican observaciones y obras magistrales. Finalmente, numerosos pensionados que envió el gobierno á los países extranjeros, produjeron un plantel de jóvenes destinados á honrar su patria en las ciencias que hasta entonces sólo desprecio habían merecido.

Es indudable que hay épocas en la historia de los pueblos que señalan una especie de apresuramiento en su marcha constante á la realización de la total esencia. Débese esto al mayor número de inteligencias que en ocasiones dadas sobresalen de lo común, y es de notar que muchas veces está reservado el producirlas á la comarca acaso más olvidada y menos favorecida. Tal vez por esto pudo decir un ilustre escritor, que Dios escoge el lugar del nacimiento de los hombres que reserva á grandes empresas. Lo cierto es que, otro conocido escritor francés, observa que en la vida particular de las regiones se dan momentos históricos en que de todas partes parecen surgir hombres de superior talento, y á los ejemplos que aduce en prueba de la certeza de su aserto, puede añadirse el de Asturias en la segunda mitad del siglo pasado.

A ese tiempo pertenece la ilustre pléyade de grandes hombres que produjo aquella provincia, y que son la honra de una nación: Jovellanos, que alcanzó los tiempos y llegó á brillar al lado de su paisano el célebre Campomanes, el divino Argüelles, gloria de la tribuna española; Riego, el popular mártir de nuestra libertad; Martínez Marina, sabio historiador de nuestras instituciones; Flórez Estrada, que ocupa alto puesto entre los primeros economistas de Europa; El conde de Toreno, historiador de nuestra heroica guerra de la Independencia; San Miguel, que tuvo la pluma de Tácito y Plutarco, y últimamente D. Antonio Gutiérrez, que cierra dignamente ese brillante período y á quien me propongo daros á conocer en este con exceso largo y desaliñado escrito.

En el momento en que se operaba en España semejante regeneración moral y material, es decir, en el año 1777, nació en Soto de la Barca, principado de Asturias, el que más tarde había de ser distinguido profesor de ciencias físico-matemáticas, el llmo. Sr. D. Antonio Gutiérrez, cuya gratisima memoria honra hoy el Liceo Escolar Matritense, consagrando á su imperecedero recuerdo esta modestísima sesión literaria.

Don Antonio Gutiérrez fué uno de los más ardientes é incansables cultivadores de las ciencias exactas. Así, pues, creemos que será del agrado del ilustrado concurso que se encuentra aquí congregado, saber quién fué Gutiérrez, cuál su mérito científico, que le hace acreedor á que le tributemos el homenaje de nuestro respeto y de nuestra admiración.

Después de haber recibido los conocimientos que se adquieren en la primera edad, y precisado su padre á trasladarse á Madrid, le trajo en su compañía con el objeto de dedicarle al estudio y darle carrera.

En los célebres estudios de San Isidro cur-

só la latinidad, griego, matemáticas y física experimental.

La inclinación que desde luego se manifestó á uno ú otro género de ciencias es generalmente la señal más infalible de la disposición ó talento para adelantar en ellas.

Así se verificó en Gutiérrez, en quien al momento se notó una ciega afición á las matemáticas, pudiendo depender en gran parte el estar desempeñada aquella cátedra por el digno profesor D. José Ramón de Ibarra.

Adornado Gutiérrez de conocimientos nada vulgares en las matemáticas, trató de aplicarlos á la carrera de ingeniero, por lo que inmediatamente que se estableció la escuela especial de caminos y canales, hacia el año de 1802, bajo la dirección de su inspector D. Agustín de Betancour, tan conocido por sus importantes trabajos en mecánica, entró en ella y se hizo tan notable, que por ser el discípulo más aventajado de su benemérito profesor D. José Sanz, mereció que el gobierno le enviase en 1804 pensionado á Paris, para que perfeccionase en la ciencia del ingeniero.

Después de haber estado dedicado al estudio en aquella capital, vino á Madrid en 1807, para difundir los conocimientos adquiridos, en clase de profesor de la citada escuela, cuyo cargo desempeñó hasta que se deshizo aquella á consecuencia del gran trastorno que sufrió España con la guerra de la Independencia.

Continuó en clase de ayudante 3.º en el expresado cuerpo y mereció siempre aquella consideración que se tributa al que sabe sin haber dado nunca entrada en su corazón á la ambición, pues era sabido de todos que nunca quiso ascender.

En 1810 fué nombrado catedrático interino de física en los estudios de San Isidro.

En Junio de 1818 hizo oposición y obtuvo la cátedra de matemáticas de la real casa de Pages, en la que continuó hasta que aquella se suprimió.

En 1820 que por el nuevo regimen constitucional empezaron á figurar en el gobierno personas conocidas por su ilustración, fué cuando se pensó en el restablecimiento de la carrera de ingeniero de caminos y canales convencido el gobierno de las grandes utilidades que de ella obtendría la nación; y con este objeto nombró una comisión de que fué individuo Gutiérrez, para arreglar el proyecto de ley que sobre este ramo debía presentarse á las Cortes. La memoria científica que acompaña dicho proyecto es de tal mérito, que fué calificada por la comisión de las Cortes, compuesta de sujetos respetables, como uno de los trabajos más sólidos y trascendentales que hasta entonces se habían llevado á cabo en España. A esta memoria acompaña un plan razonado de la enseñanza de la escuela especial de caminos y canales, que es exclusivamente suyo y que se considera en el cuerpo como uno de los trabajos más perfectos.

Establecida esta ensechanza fué nombrado profesor en 1821, y en ella permaneció hasta el 1823, se disolvió á consecuencia de la persecución que sufrió todo lo que había sido creado por el régimen constitucional, fuese útil ó no.

En el mismo año de 1821 fué nombrado individuo de la junta de libertad de imprenta y en el desempeño de este honorífico cargo prestó servicios de mayor interés.

En 1822, cuando se estableció en los estudios de San Isidro la Universidad Central, se le dió la propiedad de la cátedra de física que hasta entonces tuvo interinamente, y la conservó hasta después de haberse apoderado los jesuitas de aquellos estudios.

«Muchos creyeron entonces, dice el ilustre profesor que escribió la biografía de Gutiérrez, que esto era efecto del respeto que tenían á este benemérito profesor; pero sólo fué medida sugerida por la necesidad y propia de la doblez de aquella institución.

»Cuando ya creyeron que había entre ellos quien pudiera ponerse al frente de aquella cátedra, fué separado Gutiérrez de ella y en »tonces padecieron bastante las máquinas de »su gabinete.»

La creación del Conservatorio de Artes sirvió para que volviera á la enseñanza, pues se le encargó la de física y mecánica aplicada á las artes, y en ella ha continuado hasta su muerte.

En 1834 creándose la Dirección general de Estudios, fué nombrado uno de sus individuos y á ella perteneció siendo el más antiguo después del presidente.

En 1835 se le nombró director del Conservatorio de Artes por muerte del Sr. D. Juan Peñalver, y por más que se hizo no fué posible aceptara este cargo.

El deseo de imponerse en los últimos descubrimientos para desempeñar mejor su cátedra, le obligaba de cuando en cuando á viajar por los países extranjeros, siendo por lo general París el punto que más llamaba su atención por lo adelantadas que allí se hallaban las ciencias, por el gran número de los aventajados en ellas y por la celeridad de sus establecimientos científicos.

La noticia de la apertura de su cátedra se daba como una de las más interesantes; era curioso ver en su cátedra interpolados entre los discípulos que sólo estudian por ganar la certificación, á los profesores más distinguidos, á los amantes de las ciencias que gozan cuando hablan de ellas y algunos artistas y fabricantes notables. Nadie había que no se honrase llamándose discípulo suyo. Cuando en 1836, en virtud de una real orden acudieron á su cátedra los alumnos de la Escuela especial de Caminos y Canales, no solo hizo aplicación á la ciencia del ingeniero en que era tan profundo, si no que particularmente se complacía en estimularles excitando su emulación dándoles á resolver problemas de mayor interés.

Murió este sabio profesor en París el 3 de Agosto de 1840, hallándose de visita en casa de su amigo predilecto el célebre artista Brequet.

En la mañana del 5 del mismo mes fué conducido su cadáver al cementerio del Monte Parnaso acompañado de varias notabilidades científicas como Savart, Peltier y otros, y de varios españoles empleados en la embajada, y de otros que casualmente se hallaban en aquella capital, entre ellos D. Pablo Cabrero, don Diego Lletget, D. Gregorio Rudaguas, y su discípulo y amigo querido D. Santiago de Masarnau.

Fué muy sentida su muerte principalmente en los establecimientos científicos de esta capital, y referida su pérdida como irreparable, distinguiéndose el Conservatorio de Artes como el más inmediato interesado. Y por último, la Dirección general de Estudios, como la corporación más ilustrada de la nación, conocía mejor que nadie las raras cualidades que le distinguían, y por eso fué aun más profundo el sentimiento que embargó durante algún tiempo á los individuos que componían aquella docta corporación.

Gutiérrez representa una época en la historia de las ciencias de España, no sólo por la primacía científica que supo granjearse, sino también por hallarse su nombre asociado á todas las instituciones científicas de España. Fué consultado por el gobierno en todos los casos en que necesitaban el dictamen de un hombre distinguido por sus talentos y su sabiduría.

Réstame tan sólo decir que únicamente he querido contribuir con este trabajo á rendir el homenaje de nuestra admiración y respeto al que, bien considerado, no necesitaba en verdad, ni nuestros elogios ni nuestro entusiasmo, porque su gloria es tan grande, que á todos los españoles pertenece, porque todos tenemos el orgullo de que en nuestra patria haya nacido un hombre de una honradez tan acrisolada y un talento tan verdadero como el del sabio profesor D. Antonio Gutiérrez.

Nuestro homenaje no es, sin embargo, una imitación, sino una corriente, una vibración moral que se propaga: las naciones modernas van despreciando las glorias que se engendran en las luchas á mano armada, y van glorificando á cuantos seres dotaron á la humanidad con alguna nueva fuerza, con una invención,

con un ideal; á todos aquellos que coadyuvaron á la elevación de nuestro ser moral; estos son los símbolos que deben ser recordados en la inmortalidad de la especie, como estímulos permanentes en los conflictos y penalidades de la vida orgánica.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## LOS ESTADOS MEXICANOS

### SINALOA

(Su agricultura, industria, comercio y minería.)

#### I

Poco conocido es á la verdad el Estado de Sinaloa, en la federación Mexicana, y menos aún en el extranjero.

En los tiempos que alcanzamos, en que el doble esfuerzo del libro y del periódico, generaliza los acontecimientos, hace conocer los pueblos en su estado, elementos y tendencias, y las naciones en su origen, organización y desarrollo, ninguna porción de la tierra por pequeña que sea, que se conceptúe culta, debe permanecer ignorada y escapar á la consideración de todos, ni abstraerse de esa especie de juicio universal, porque la ausencia de entre los agentes de la actividad moderna, la segregaría de la unidad de pensamiento, acción y carácter que constituye la fisonomía propia del movimiento contemporáneo, y á la postre la rezagaría en la marcha de las naciones.

Una de las principales causas, porque la nuestra no ha adelantado como debiera, es la falta de conocimiento, ó el conocimiento falso, que de ella se ha tenido en otras partes. Porque piénsese lo que se quiera, necesitamos el concurso de actividad y capital extraños para apresurar nuestro paso demasiado tardío y cambiar nuestro derrotero viciado de sobra. Deben encaminarse, por tanto, nuestros esfuerzos á dar á conocer, siquiera á grandes rasgos, las diversas porciones del país, así para provocar la inmigración de fuerzas de que carecemos, como para que nosotros mismos, conociendo los propios elementos, sepamos aplicarlos mejor á la persecución de la prosperidad deseada.

El Estado de Sinaloa, cuya superficie se calcula en poco menos de 4.000 leguas cuadradas, y su población en 200.000 habitantes, tiene como fuentes principales de riqueza, la agricultura, industria, comercio y minería.

Tres clases de habitantes, extranjeros—cerca de 500—mestizos é indios en porción desconocida, son los factores de las nombradas producciones.

#### II

AGRICULTURA.—El suelo de Sinaloa es una faja de tierra en forma de un trapecio, limitada al Oriente por la sierra de Durango, y al Oeste por el mar Pacífico, lo que ocasiona que la región oriental sea montañosa, en tanto que la occidental se extiende en grandes llanuras, sólo interrumpidas por pequeños cerros, y en la costa, por algunos esteros. Está cruzado por once ríos, los más de ellos caudalosos, lo que constituye por sí solo una riqueza que no tiene ningún otro de los Estados, y la que, el día de mañana, lo hará figurar en primera línea en la producción agrícola. Su producción agrícola. Su posición topográfica hace que tenga todos los climas, y que por tal motivo se desarrollan en él como en su propio suelo los vegetales de todas las latitudes.

Sus actuales productos son: el maíz, frijol, algodón, tabaco, garbanzo, queso y ganado vacuno, mular y de cerda, que arrojan un valor anual aproximadamente de 850.000 pesos fuertes. Es digno de notarse que mientras las bestias caballares en lo general son muy escasas y de inferior calidad, las mulares abundan y son de primera clase.

Un artículo de grande consumo es el trigo que sólo se cosecha en pequeñísima parte; así por hallarse poco poblados y explotados aún los terrenos elevados en cuyo clima se produce, como porque siendo en dichas regiones muy tardías las heladas, cogen tiernas las sementeras y hacen imposible que se repongan

de esa destrucción; así es que el Estado se provee de este artículo del vecino de Sonora y de California.

La falta de capitales, de población y de hombres de empresa, hace que los rendimientos agrícolas se concreten á lo que la tierra produce bajo un sistema rutinario y primitivo, y que sólo en parte reducidísima, casi nula, se aprovechen los ríos para la irrigación, que con poco gasto se podía hacer fácilmente en grande escala.

La falta de consumo en el Estado, caso de que la producción alcanzara un crecimiento considerable, y la dificultad para explotarla, motiva que los propietarios, aún los más animosos y de mayores elementos, se abstengan de fomentarla. Eso es por una parte; por otra, la gente de brazos, inculta, sin exigencias, sin aspiraciones, se resiste á ocuparse en nada; principalmente cuando ve que uno ó dos meses de trabajo le han producido lo necesario para cubrir sus miserables y raquíticas exigencias de todo el año, y por eso lo más de él lo pasa en la holganza.

El valor de la propiedad raíz se calcula, con datos que no son del todo exactos y seguros, en 4 ó 5 millones de pesos; mas es de advertirse que como consecuencia de los motivos apuntados, sólo una reducida parte del territorio se cultiva, y la que está afecta al pago de contribuciones, sólo produce al erario cerca de 30.000 pesos fuertes anuales.

#### III

INDUSTRIA.—Las fábricas de hilados, de azúcar de aguardiente de caña y de mezcal, de tabacos, molinos de azúcar, talleres de fundición y otros ramos menores, constituyen la industria del Estado.

Las fábricas de hilados son tres, montadas según los mejores sistemas, y sus artefactos, mantas, driles, brines, etc., abastece el consumo de la mayoría de las habitantes del Estado que de ellos se visten y emplean en otros usos; y suelen superarlo, formándose entonces excedentes que originan pérdidas y paralización parcial de los trabajos. Merece especial mención, que en las ciudades de Mazatlán y Culiacán, todos sus habitantes, aún los más pobres, usan pantalón, en lo general de productos de nuestras fábricas, cuya circunstancia dice muy alto en pro de la culta y moralizadora acción de los Municipios que han planteado tan difícil mejora social, que otras ciudades del país más importantes, no tienen todavía.

Dos fábricas de azúcar movidas por vapor, además de otros ingenios de alguna magnitud, que se están estableciendo en el río del Fuerte, y de innumerables plantíos de menor consideración, forman la industria azucarera del Estado, donde el precio de este artículo es igual si no inferior al que tiene en otros Estados de mayor categoría. En las fábricas mencionadas también se elabora aguardiente de caña.

Es tal la feracidad, extensión y condiciones de las muy nombradas vegas del río Fuerte, que si se cultivaran todas de caña, abastecerían de azúcar sobradamente á todo el país, con el detalle notable de que el gasto sería menor que en cualquiera otra parte, porque allí como no se surca ni riega la caña, no hay que hacer la fuerte erogación que esto demanda. En iguales condiciones á esos terrenos, están los de Irahuate y Zatalja—á inmediaciones de Culiacán,—y los de la desembocadura del río del Rosario.

La extracción del espíritu alcohólico del mezcal, era una de las principales industrias del Estado; sin embargo, actualmente que más bien decae que progresa, se cuentan según un registro incompleto, más de sesenta vinaterías, montadas bajo varios sistemas, desde el imperfecto antiguo, hasta los alambiques mejorados de primera clase. Dicho artículo, además de tener un fuerte consumo en el Estado, suele tener excedentes que se exportan para Sonora y Baja California. Esta industria, que bien manejada rinde buenas utilidades, á pesar de su postración actual, puede obtener con el tiempo gran desarrollo, pues hay inmensos plantíos de mezcaleras que aún no se benefi-

cian, y como esa planta se multiplica fácilmente en esta zona, siempre se están reponiendo y aumentando las plantaciones.

Si al vino mezcal como al azúcar se les abriera un mercado extranjero, y se expeditara su exportación, rápidamente se producirían en grande escala.

En el Estado existe gran número de maquinaria y otros aparatos mecánicos, que funcionan en las fábricas nombradas, y además en las muchas minas que actualmente se explotan, por consiguiente, los dos magníficos talleres de fundición de Mazatlan tienen trabajos constantes y considerables, donde se hacen reparaciones de todo género, se componen buques y se construyen máquinas de vapor. Son los únicos talleres de ese ramo que blicmos en la parte occidental de la República.

## IV

COMERCIO.—Este tiene su núcleo principal en Mazatlan, donde varias opulentas casas extranjeras hacen el tráfico de importación, y de sus almacenes salen los efectos al mercado de dicho puerto, á todas las demás plazas del Estado y á varias de Sonora, de Durango y de Baja California. La construcción del ferrocarril central ha sido un golpe fuerte para el comercio de Mazatlan, que ha tenido que concretarse casi al puro Estado, pues el importante tráfico que se hacía con Chihuahua, Durango y Zacatecas, principalmente por la exportación de sus metales preciosos, ha disminuido mucho, y lo que aún subsiste, pronto concluirá.

El puerto de Altata, por muchos motivos, entre otros por su mala rada, sólo recibe una insignificante importación extranjera una vez al año, habiéndose así defraudado la esperanza de los que creían que unido como está hoy á Culiacán por la vía ferrea, esta última ciudad vendría á ser pronto un importante centro comercial; mas no fué así, sino que como antes sigue siendo una sucursal de Mazatlan.

La ciudad del Rosario es la tercera plaza comercial del Estado, habiendo notablemente aumentado en estos últimos años sus transacciones mercantiles, debido á la gran circulación monetaria, que ha determinado el próspero estado de sus negociaciones mineras, las que si continúan como prometen, harán del Rosario una ciudad rica y populosa.

Mazatlan es el primer puerto mejicano del Pacífico; y el centro comercial del cabotaje de esta costa, siendo casi todos los buques que lo hacen pertenecientes á casas de dicha plaza. Los vapores americanos de la Mala del Pacífico, tocan allí cuatro veces al mes, y frecuentemente otros vapores extranjeros como el *Newbern* y el *Topeka*.

## V

MINERIA.—Este es el primer ramo de riqueza para Sinaloa. Tanto la parte montañosa de su suelo, que es más de la mitad de su territorio, como algunas planicies, son esencialmente metalíferas. El oro y la plata principalmente, el cinabrio y el cobre, cuya explotación empieza, el plomo, el hierro y otros, forman ricas y abundantes vetas y depósitos en toda la extensión del subsuelo del Estado, desde el río del Fuerte hasta el río de las Cañas, á lo que hay que añadir sus inagotables salinas por toda la costa é islas adyacentes.

Existen más de cincuenta minas en explotación, sin contar otras muchas que, aunque quizá ricas, lo pequeño de sus trabajos hacen que no merezcan nombrarse. Entre ellas hay algunas negociaciones de primer orden, cuyas maquinarias, movidas por vapor, son de los mejores sistemas modernos, y en montarlas solamente se han invertido fuertes capitales.

Tales son la de Guadalupe de los Reyes, conceptuada por muchos la primera del país; es tan perfecto su método de beneficiar, que en el breve espacio de seis horas saca de la roca bruta el metal puro que tenga; su rendimiento anual es de más de 500.000 pesos fuertes; paga de contribuciones 6.000 pesos mensuales, cuota que pocos ó ningún giro cubre en el país; con motivo de esa mina se ha for-

mado allí una población de más de 5.000 habitantes.

«Las Yedras,» negociación en que una compañía inglesa ha invertido como dos millones de pesos; su maquinaria es de primera clase, sus productos ahora son nulos comparados con los gastos, pero cuando se complete la organización, se calcula que rendirá como 100.000 pesos fuertes anuales.

«Pánuco,» tiene varias minas de plata, con buena ley de oro, en bonanza actualmente, y da fuertes rendimientos á una compañía de comerciantes de Mazatlan que la trabaja, sin omitir gastos en su explotación.

«El Tajo» en los suburbios del Rosario, con un producto anual de más de 300.000 pesos fuertes.

«Plomosas,» tiene la mina «Abundancia,» con un rendimiento de más de 250.000 pesos fuertes.

«La Joya,» su rendimiento anual 50.000 pesos fuertes.

La exportación de metales preciosos, alcanza la cifra de cuatro millones de pesos al año.

La casa de moneda de Culiacán, desde el año de 1848 á 1881, acuñó como 33 millones de pesos, y en estos últimos años ha rebajado esa cifra respecto de los anteriores, pues en el pasado sólo se acuñaron 700.000 pesos fuertes. Esto es debido á una ley sobre platas, que se ha dado en el Estado, y que ha obligado á muchos mineros á acuñar sus metales en Alamos ó Durango, donde están libres de ese impuesto.

Gran parte de extranjeros residentes en el Estado, se dedican á la exploración, y explotación, aunque en pequeño, de minas, y acontecen con frecuencia que venden á empresas extranjeras las vetas de que se hacen dueños, y dichas empresas, las más veces engañadas, hacen fuertes erogaciones improductivas, lo que ha originado que ya difícilmente se aventuren en negocios que aunque buenos, han sido nulificados. Si se aplicara el capital extranjero en mayor escala, y con más examen, cálculo y prudencia, la minería tendría tal crecimiento en el Estado como en ningún otro de la federación.

Actualmente están para trabajarse, entre otras minas de nombre, las de «San José de las Casas,» el «Chichi» y «Palo Blanco,» esta última á 18 leguas de Culiacán, es la misma délebre de que habla Gamboa en sus comentarios.

Como se ve, el Estado de Sinaloa tiene fuentes de riqueza que le auguran un porvenir brillante, y que sólo esperan el trabajo y el capital que las hagan brotar inagotables. Su posición geográfica facilita la venida del capital extranjero y la inmigración de hombres laboriosos; el esfuerzo constante de sus gobiernos por el grueso de la población á un grado de cultura social, en que el progreso, ya sea como una necesidad, creará en día no lejano fuerzas de mucho empuje.

La epidemia de la fiebre amarilla, que hace dos años causó tantos desastres, sólo infestó parte del territorio, y en la actualidad únicamente á los que vienen de otros climas los ataca, y de modo benigno, siendo contados los muertos por tal motivo. Eso no será, como algunos creen, una rémora seria para el progreso del Estado, pues tenemos el ejemplo de Veracruz, la Habana, Nueva Orleans, etc., lugares importantes y populosos, donde reina esa epidemia fatal, atacando gravemente, sin que haya podido estorbar su prosperidad.

LEOPOLDO VALENCIA.

## LA CIENCIA

### LA FOTOGRAFÍA

#### I

El asunto que hoy pone la pluma en nuestra mano es uno de esos grandes y gloriosos descubrimientos que de vez en cuando brotan de la mente de hombres eminentes en quienes Dios deposita un átomo de su inmensa sabidu-

ria, para que vengan á difundirla entre nosotros con sus sabios experimentos.

Por eso nosotros, humildes admiradores de todo lo bello, de todo lo grande, nos proponemos reseñar, aunque muy ligeramente, uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, que ha operado, por decirlo así, una magnífica revolución en la esfera del arte; desarrollándose en el corto espacio de algunos años de un modo tan maravilloso, que hasta las clases menos acomodadas disfrutaban ya de los inmensos beneficios que ha reportado á toda la sociedad en general.

Nuestro objeto, al escribir sobre la fotografía, no es otro sino el de dar á conocer su historia desde su primer germen hasta nuestros días; absteniéndonos de entrar en minuciosos detalles científicos, que si bien ampliarían mucho más el asunto, en cambio nos llevaría mucho más allá de los límites que hemos trazado á este mal pergeñado artículo.

Sentado esto, entremos ya de lleno en nuestro propósito.

Venecia, la hermosa Venecia, vió mecerse sobre sus tranquilas aguas la cima del gran artista, que dió el primer paso por la escabrosa senda de la fotografía, de aquí que sea tan bella, tan atractiva. ¿Y cómo no había de serlo, cuando en su infancia fué arrullada por la reina del Adriático?

Juan Bautista Porta, célebre pintor veneciano, fué el inventor de la cámara oscura, con la cual consiguió sacar las hermosas vistas de Venecia, que asombraron al mundo artístico por la verdad en la copia, y por los magníficos detalles que arrancó, por decirlo así, á la propia naturaleza.

¡Cuán ageno estaba entonces el gran artista de que aquel descubrimiento, debido á sus muchas vigiliias y el grande amor que profesaba al arte, tres siglos más tarde llegaría á un grado tal de perfección, que las eminencias artísticas no podrían menos de tributar los elogios tan grandes como merecidos!

Y no se vaya á creer por esto que la fotografía, con el descubrimiento de la cámara oscura, comenzó á desarrollarse tal como era de esperar; no, nada menos que eso; porque permaneció estacionaria, hasta que en el año 1765 Scheele descubrió las propiedades del nitrato de plata, cuya disolución, puesta en contacto con una sustancia orgánica, se ennegrece á la acción de la luz.

Esto, no obstante, Mr. Francisco Arago dice que, en el año 1566, el gran químico Fabricius fué el primero que halló esta propiedad en las sales de la plata. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que la fotografía no dió señales de vida hasta fines del siglo pasado, en los salones del Conservatorio de Paris, cuando el sabio experimentador Mr. Charles, reprodujo perfiles sobre papel nitrado, exponiéndolo á la luz con las condiciones necesarias para que la imagen se reprodujera con la mayor precisión posible.

Como se ve, este era un gran descubrimiento que no podía menos de sorprender en aquella época, y dar brillantes resultados para lo sucesivo.

Algunos años más tarde, esto es, en 1802, Mr. Davy publicó una estensa nota, cuyo título es el siguiente: *Descripción de un procedimiento para copiar pinturas sobre vidrio y hacer contornos por la acción de la luz sobre el nitrato de plata.*

Un año después, el doctor Thomas Youg hizo también algunos experimentos, que si no dieron los resultados apetecidos, hicieron concebir la idea del mucho partido que se podía sacar de todo lo que hasta entonces se había descubierto.

Vemos, pues, cómo en el corto período de algunos años se había conseguido, no tan solo reproducir sobre el papel, sino copiar pinturas sobre vidrio.

De modo, que tenemos ya tres grandes descubrimientos para el desarrollo de la fotografía, que no paró ya hasta llegar al grado de perfección en que hoy la conocemos.

Inútil será decir que todos estos experimentos se hacían por medio de la cámara os-

cura, sin cuyo auxilio nada hubiera podido reproducirse.

Pero á pesar de todos estos ensayos, la fotografía no comenzó su glorioso periodo hasta 1827, en que Niepce de San Víctor obtuvo magníficos resultados, con los cuales logró fijar las imágenes en la cámara oscura sobre planchas metálicas, preparadas con bálsamo de India y esencia de la Banda.

Al mismo tiempo que Niepce de San Víctor conseguía desarrollar las imágenes sobre planchas metálicas, Mr. Daguerre hacia experimentos en igual sentido, sin apercibirse de que tenía un adversario que entonces estaba mucho más adelantado que él en el asunto que ambos se habían propuesto perfeccionar.

Pero la casualidad, esa diosa que tanto influye en los grandes descubrimientos, hizo de modo que los dos rivales se encontrasen un día, para que ambos impulsados por un mismo deseo, resolvieran por mitad el gran problema de la fotografía.

Hé aquí cómo aconteció este encuentro:

En aquél mismo año se presentó al público de París el famoso diorama que tanto llama la atención por las grandes vistas que ofrecía. Sobre todo, lo que más admiración causaba era ver que en un mismo cuadro la noche sucedía al día, tan admirablemente ejecutado, que no parecía sino que la naturaleza impulsaba con un soplo vivificador aquella transformación tan sublime. Otras veces se veía un hermoso paisaje engalanado con todos los atractivos de la primavera, cambiarse insensiblemente en un invierno árido y frío, con una ilusión que no podía ser más completa.

El autor de tan famosas vistas era Daguerre.

Uno de los que visitaron este diorama fué Niepce de San Víctor, que no pudo menos de entrar en deseos de conocer al autor de aquel portentoso.

En efecto, ambos se vieron y se comprendieron.

Puestos, pues, en contacto aquellos dos grandes genios, se manifestaron los trabajos que tenían hechos, concluyendo, después de algunas entrevistas, por asociarse para realizar, si les era posible, un descubrimiento que indudablemente había de darles honra y provecho.

Así asociados para perfeccionar los trabajos de Niepce, el 14 de Diciembre de 1829 hicieron un convenio, por el cual ambos quedaban obligados á participarse mutuamente los adelantos que fuesen adquiriendo.

Y en efecto; poco tiempo después, Mr. Daguerre fué el primero que consiguió fijar la imagen sobre el plaqué por medio del ioduro de plata, con lo cual logró sorprender á su asociado cuando le participó tan fausta noticia.

Viendo, pues, que ya habían logrado su objeto, convinieron en dar á aquel descubrimiento el nombre de su autor, por lo cual se le llamó el *Daguerreotipo*.

Tan pronto como sus desvelos fueron coronados con el éxito que ya hemos visto, se presentaron á Mr. Arago para participarle el gran descubrimiento que acababan de hacer.

Entonces este eminente sabio dió cuenta de él á la Academia de ciencias, la que á su vez lo hizo presente al gobierno, que comprendiendo la importancia de aquel descubrimiento, acordó señalar una pensión vitalicia á cada uno de los asociados, para que el público pudiera disfrutarlo en beneficio suyo.

¡Rasgo digno de un gobierno ilustrado que mira por la gloria de su nación!...

Hasta aquí el primer periodo de la fotografía.

## II

Una vez descubierto el daguerreotipo, un número no escaso de hombres científicos se lanzaron en pos de tan maravilloso descubrimiento, con el plausible afán de perfeccionarlo y darle una nueva solución como así lo verificaron.

Prolijo por demás sería seguir paso á paso á todos los que tomaron parte en esta cruzada fotográfica, y referir las infinitas investiga-

ciones, tanto teóricas como prácticas que hicieron en su ardoroso afán por resolver completamente y de muy distinto modo el descubrimiento hecho por Daguerre; porque además de que sería molesto á nuestros lectores, es un trabajo que requiere mucho más espacio del que podemos disponer, y una pluma mejor cortada que la nuestra.

Así, pues, nos limitaremos á consignar los trabajos de los autores que más fama alcanzaron, y cuya laboriosidad y concienzudos experimentos se debe que la fotografía haya llegado á la gran altura en que todos hoy la contemplamos.

Niepce de San Víctor, sobrino del anterior, fué quien dió el primer paso en esta nueva era fotográfica.

Este gran químico, siguiendo las huellas de su tío, y aprovechándose de los trabajos que éste tenía hechos, formó una capa de ioduro de plata sobre cristal, sirviéndole de vehículo la albúmina, con la cual consiguió una imagen negativa, que puesta en contacto con un papel preparado con el cloruro de plata y expuesto á la luz, obtuvo la imagen positiva.

Al mismo tiempo Mr. Tabot se ocupaba en Londres en obtener imágenes sobre papel, valiéndose para ello de las propiedades del nitrato de plata; consiguiendo al fin muy felices resultados, puesto que obtuvo negativas sobre papel, como asimismo logró hacerlas positivas.

Á la vez que estos dos célebres químicos se ocupaban aisladamente y en distintas naciones en hacer positivas sobre el papel, Mr. Fireau hacia experimentos en el mismo sentido; logrando, al cabo de muchos ensayos, presentar en 13 de Marzo de 1840 á la Academia de ciencias de París las primeras imágenes fotográficas fijadas convenientemente con un tono, que si no era bueno como el que hoy conocemos, al menos daba una idea de lo mucho que se podía esperar de aquel descubrimiento.

Tenemos, pues, que Niepce de San Víctor, con el auxilio de la albúmina, consiguió imágenes negativas, logrando hacerlas positivas por medio del ioduro de plata.

En pos de éste, vemos Mr. Fireau fijar dichas positivas de un modo que nada dejaba que desear para lo que entonces se conocía.

Todo esto, como se comprende muy bien, si no era una solución completa de aquel problema, para los que trabajaban con el mismo objeto, era un gran descubrimiento, puesto que tenían trazada la senda que habían de seguir hasta perfeccionarla.

Y en efecto, así sucedió.

En el año de 1846, Mr. Archer, también inglés, siguiendo las huellas de Niepce de San Víctor, en uno de esos raptos que en momentos supremos destella la inteligencia, tuvo la feliz idea de aplicar el colodión (1) á la fotografía, y sustituirlo á la albúmina.

Esta idea, que envolvía un gran problema, tuvo un brillante resultado; porque después de numerosos ensayos, Mr. Archer pudo observar, que sensibilizando esta capa con un ioduro, y sumergiendo el cristal así preparado en un baño de nitrato de plata también, que es la sustancia que hoy conocemos, como la más sensible á la acción de la luz. Y tanto es así, que preparado el cristal como queda dicho, y exponiéndolo en la cámara oscura, recibe la imagen con tal rapidez, que una vista alumbrada por el sol, se copia instantáneamente.

Como se ve, pues, el regenerador de la fotografía, el digno émulo de Daguerre, el que resolvió el gran problema fotográfico fué Mr. Archer, con haber descubierto la aplicación del colodión.

A este nuevo descubrimiento se le llamó fotografía.

Tan pronto como Mr. Archer descubrió las propiedades del colodión, comenzó una nueva era para la fotografía, que avanzando paso á paso, ha llegado á elevarse á la altura en que hoy se la conoce.

Como resultado de este gran descubrimiento, las imágenes fijadas sobre plaqué fueron desapareciendo paulatinamente, como así

(1) Por esta época, era ya conocido como un agente para contener las hemorragias.

mismo las impresiones hechas sobre albúmina y las negativas inventadas por Mr. Tabot.

Esto es, que el daguerrecótipo, padre de la fotografía, fué sustituido por su hija, que llena de vida y juventud, venía á regenerar con su brillante porvenir la corta y exigua existencia del autor de sus días.

En un principio, la fotografía sólo era aplicable á los retratos, y aun éstos, como sabemos muy bien, eran hechos con muy malas condiciones. Pero hoy no sucede así; porque se ha perfeccionado de un modo tal que no sólo se hacen retratos con un parecido admirable, sino que se copian cuadros, muebles, edificios, toda clase de objetos, en fin, con una propiedad tan grande, que nada deja que desear. ¿Qué más diremos? Hasta la naturaleza, esa obra tan grande y tan sublime creada por la mano de Dios, se reproduce tan admirablemente, que los más grandes artistas, á cuyos mágicos pinceles debemos copias admirables, no pueden menos de readir un tributo de admiración al contemplar los magníficos detalles que arranca, por decirlo así, al copiar sobre el cristal.

¿Se nos podrá negar, pues, que la fotografía es uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, y á cuya lado no se desdennan de figurar la electricidad y el vapor?

Parécenos que no.

Mas no por eso se vaya á creer que la fotografía ha llegado ya al grado de perfección á que está llamada á elevarse, no; de ninguna manera: la fotografía deja mucho que desear todavía.

Verdad es que cada día que pasa se hacen nuevos descubrimientos y nuevas aplicaciones y se propaga mucho más; pero hasta que el colorido natural, del que hay ya muy buenos ensayos, no se resuelva completamente, no podemos apreciar en todo su valor los magníficos resultados de Daguerre y de Archer.

Entonces, y cuando veamos copias, ya de personas, ya de objetos con su color natural, entonces, repetimos, será cuando la fotografía habrá llenado cumplidamente la alta misión á que Dios la ha destinado sobre la tierra.

Ahora bien, la fotografía, ¿es un arte?

No.

¿Es una ciencia?

Tampoco; pero participa de ambas cosas; por eso tiene la sublimidad del uno y la grandiosidad del otro.

Muchas más reflexiones pudiéramos aducir á propósito de esto; pero nos abstenemos de hacerlo; dejándolo á la ilustración de nuestros lectores, para que puedan apreciar cual merece este gran descubrimiento que tan inmensos beneficios está reportando á toda la sociedad del siglo XIX.

CARLOS GUAZA.

## LAS REVOLUCIONES

Objeto de terror para unos, de esperanza para otros, de ansiedad para todos, la revolución tiene hoy el privilegio de preocupar todos los espíritus, informando todos los grandes actos de la vida y siendo motivo de las conversaciones todas. Esto basta para declarar que estamos en pleno periodo revolucionario. Así como el viento precede á la ola la nube, á la lluvia, el pensamiento á la acción, á las revoluciones preceden estos días de alarma é inquietud, esta especie de voz celeste que murmura en todo oído: la hora se acerca, el plazo se va á cumplir, el desenlace llega.

Los mismos que interesadamente la niegan contribuyen á fomentarla, provocando contradicciones que esclarecen puntos dudosos. sobrecitando el ardor de los que la desean, agitando la opinión con las mismas engañosas palabras con que pretenden tranquilizarla.

Los flacos de corazón en las horas supremas, rebuscando argumentos en historias falsificadas y filosofías hueras, se alzan á legisladores de un pretendido derecho á la revolución determinando antojadizamente sus límites y condiciones; ocupación no menos ridícula que la del que se afanase por marcarle forma á las

nubes de una tempestad y giros á los remolinos de una catarata.

Las revoluciones, como explosiones que son del libre espíritu humano, caldeado largo tiempo por una idea culminante, que no halla en las leyes vías llanas, rectas y francas para realizarse en hechos, ni son obra de un hombre, ni por ningún hombre pueden detenerse. Atreverse, como alguien se permite, á decir cuándo y cómo la revolución está, justificado, y cuándo y cómo no lo está, es monstruosa petulancia. Las revoluciones se justifican por el éxito y por el bien que realizan: esto es todo lo que la razón, ilustrada por la experiencia, alcanza á establecer sobre este fenómeno social permanente.

Se dice que el respeto gubernamental á los cuatro principios cardinales de la democracia: sufragio universal, libertad de imprenta, derecho de reunión y sinceridad parlamentaria, constituyen el límite que todos debemos respetar, fuera del cual la revolución es un crimen. Está bien: ningún inconveniente tendríamos en suscribir este límite en el seno de una República. Pero desconocer que la interpretación acerca de cualquiera de los derechos naturales, el de propiedad, por ejemplo, que entraña la pavorosa cuestión social, no puede justificar un hecho revolucionario que apresure en la más perfecta República la instauración de una nueva forma en el disfrute de la tierra ó de los instrumentos de trabajo, es negar la experiencia, es atropellar la razón. Eliminar la revolución en el proceso social, es como eliminar la guerra en el concurso humano; una bella y noble aspiración, un ideal admirabilísimo, pero totalmente utópico. A despecho de todas las aspiraciones, la guerra y la revolución, formas obligadas á la limitación humana se imponen con la brutal pesadumbre de los hechos.

Y si hay que aceptar la revolución justificable en el seno de la más perfecta República de las que al presente existen ¿no es verdaderamente absurdo, que enfrente de una monarquía, no ya se niegue, pero siquiera se discuta la revolución?

La monarquía es en sí misma una perpetua afrenta al derecho: un ataque permanente á la dignidad humana; el hombre en ella no es ciudadano, alardee cuanto guste sus pretendidos derechos constitucionales. El derecho hereditario del monarca le rebaja á la condición de súbdito ó siervo político.

Los mismos que de la revolución hacen un derecho, declaran que ésta se impone desde el instante que los naturales de la personalidad humana se hallan coartados. ¿Y no es una perpetua confiscación del derecho del ciudadano á elegir los poderes públicos la existencia del monarca inamovible, contra ley de la naturaleza que todo lo produce mudable, é irresponsable contra toda noción de justicia? Cobardes discurren, que también el pensamiento tiene cobardías, cobarde discurren el de los que, llamándose demócratas, ante un rey, sea el que sea, buscando especiosos pretextos para combatir la revolución. Esta no debe tardar en estallar ni una ora, desde el instante que tenga fuerzas suficientes para establecer la República. Que los ingleses, se dice, y los belgas viven bien y son felices con la monarquía. Quizá debiera decirse que á pesar de la monarquía. Pero de todos modos ¿no serían más felices con la República? Pues el constante aspirar á lo mejor es el rasgo característico del ser racional y el medio único de alcanzar lo bueno.

Derecho, como se pretende por algunos, hecho si se quiere providencial, que el éxito y el bien que produce justifican, como á nosotros nos parece, la revolución en nuestra patria á la hora presente, se ha convertido en una necesidad que abrumba. De aquí esa voz que la anuncia, de aquí esa alarma general, ese terror de los gobernantes, ese regocijo de los oprimidos, esa expectación de todos.

En toda revolución hay una palabra magna que compendia y resume el conjunto de aspiraciones que entraña. En la que se siente palpitar ahora, la palabra es *República*. La

monarquía acabó realmente en España en 1868. D. Alfonso fué un aborto: D. Alfonso una superfluidad. Su muerte ha precipitado la resolución de un problema de ochenta años.

Revoluciones, hemos dicho, se justifican sólo por el éxito. Aní está la historia demostrando que tres romanos ilustres acometieron la obra en dos siglos. Lo que en los Griegos fué un crimen que les costó la vida, fué para Mario un origen de poder y para Julio César una gloria. Que tenga éxito la revolución debe ser el objetivo supremo de los revolucionarios, en la seguridad de hallar en los adversarios de la víspera cantores apasionados al día siguiente; No viven aún muchos que se aban á Prim bandido en Agosto de 1868. ¿Téroe glorioso en Setiembre?

¿Es más fácil que el éxito de la República que el buen juicio y la unión sincera de los ciudadanos? ¿Desean con todos los ardores de su alma la utopía, pues, desaparezca entre nosotros, y que el necio anhelo de lo perfecto no haga despreciar lo bueno. Que nadie niegue el concurso de sus fuerzas, chicas ó grandes á la obra comun que sin el esfuerzo de los asociados es completamente irrealizable aun cuando lo fuera por una audacia atroz. ¿Daria los frutos que de ella esperamos.

Obrando así seremos dignos de esa República que se impone y ya es indiscutible, por medio de esa revolución, que ya es ocioso discutir.

RAMÓN CHÍES

## CUENTOS MADRILEÑOS

Terpsicore y Talía

Pocas comedias de espectáculo obtuvieron tanto éxito. Los autores echaron sobre sus hombros costosos sacos de pieles; el empresario recorrió las calles, los paseos, los sitios de exhibición aristocrática, en coche de dos caballos, las damas pisaron montones de flores y de billetes amorosos. Había sido aquella obra teatral celebrada magníficamente, secundada por brillantes cuerpos de baile, aplaudida unánimemente por la crítica saboreada por el público con deleite insaciable, como la explotación de una mina de oro. Los carteles la anunciaron toda una temporada. El teatro en que se representó vió desfilar por sus palcos y butacas los banqueros más acaudalados, las mujeres más lindas, los hombres de mundo que contaban más triunfos en la batalla de las aventuras.

La mano del arte, no había puesto en la obra media sus bordados más primorosos; en cambio, el genio de la maquinaria desplegó porrosamente sus alas entre las bambalinas, haciendo un portento en cada escena, un efecto deslumbrador detrás de cada paso de los protagonistas. Los telones, que figuraban lugares de leyenda, se abrían de repente, pasando la escena, de las lobregueces de un antro á las fulguraciones irisadas de una apoteosis. Del cielo surgían seres infernales con el reflejo rojo de los avernos en el rostro. Con blancas alas de cisne, descendían al compás de una música lenta y suave niñas preciosas vestidas de angel. Todas las sorpresas que puede desear una fantasía, obedecida sin obstáculo ni vacilación, tenían realidad apenas el silbato del director daba orden de que corrieran las cuerdas de las decoraciones en este ó el otro sentido.

Intervenían en la acción sobrenatural personajes fantásticos, de formas horribles, de porte diabólico y creaciones mitológicas, ninfas desnudas, de carnes rosáceas ó alabastrinas, salpicadas las cabelleras de luceros; calzado el pié de borceguí de raso. La parte dramática de la obra era desempeñada por una actriz sin nombre, pero con talento, de gran corazón, aunque encerrado en un pecho sin contornos voluptuosos. Al frente de las bailarinas brillaba con su deslumbrante hermosura y su gracia divina, una estrella de la danza, una estatua viva, en cuyo cuerpo pare-

cian haberse modelado las Venus antiguas. Estas dos mujeres constituían por sí solas el prestigio de la compañía, si bien en grados diversos, como veréis ahora.

\*\*\*

Los versos de la comedia fueron dichos con vibración de arpa, en la noche del estreno, por la actriz Juana de la Vega. Era ésta una mujer toda sensibilidad. Alta y delgada, de ademanes convulsivos, de acento tembloroso, de ojos negros y grandes, que lanzaban rayos á todos lados, parecía formada de nervios. Su frente tenía la fría tersura de un mármol escultórico. En cambio, su espíritu debía consumirse en ardores de abismo. No le sentaba mal cierto mohín altivo, cierto fruncimiento desdeñoso de labios, con que acentuaba energicamente cada fin de frase.

Pudiera haberse contado los aplausos con que el público respondió á sus esfuerzos rítmicos, á sus palabras cadenciosas imbuidas de poético acento. Veíanse aquí y allá, y en momentos distintos, dos manos de niño, de mujer, de joven ideal, que se unían para manifestar á la actriz la admiración que los producía. Pero estas demostraciones aisladas y como dominadas de timidez, duraban poco: eran llamas fugaces que no formaban hoguera. Podía decirse que Juana de la Vega era sólo oída por lo más insignificante del público. Para la generalidad parecía muda, ó hablando un lenguaje incomprendible.

La primera bailarina poseía, por el contrario, un idioma universal, asequible á todos los hombres bien organizados. Era hermosa ¿qué más necesitaba para hacerse entender? Su cabellera rubia, suelta por la espalda, enabultada de oro, su cuerpo gordezuelo que se acentuaba ó deprimía sin exageración, con armonioso contraste, como las estrofas de un poema; sus ojos, á ratos dormidos ó lánguidos, á ratos vivísimos y brillantes: su cabeza ágil, movable, siguiendo las líneas graciosísimas de la danza: su frente nivea, que toma irradiaciones perlina bajo las cambiantes luces del gas; su boca que sonreía en cada nota del baile á cada uno de los espectadores; sus pies, sus brazos, en fin, que se encorvaban ó se extendían como lazos que manejaba un diablillo encantador, con que aprisionaban para el placer; todas estas expresiones de la forma bella constituían un diccionario que se aprendía con la vista, y se sentía con el alma, sin que la inteligencia trabajara para adivinar su significado.

Como las bondades del Señor, los triunfos de la bailarina Salomé eran inarranables. Procedía de América, país virgen, donde todas las razas han ido á tejer entre los árboles de misterioso ramaje, sus nidos más dulces, balanceados por los vientos de los arenales, y arrullados por los cantos majestuosos de las cataratas. Tuvo Salomé en su familia mujeres inglesas y hombres españoles; de unas heredó la suave hermosura, de los otros el ardor de la sangre, la simpatía del espíritu que constituye la gracia. De Inglaterra sacó la pasión por los circos en cuyos redondeles la garganta de Byron hace reír con los gritos guturales del *clown*. De España tomó la afición por la vida nómada, ya corriendo por las cumbres de tempestuosos afectos, ya paseando por los valles de florida galantería.

Juana de la Vega no tenía historia; dijeron que no procedía de nadie; tan oscuro era su origen. Una noche de invierno se encontró en la calle, descalzos los pies, hambriento el estómago, pegado el cuerpo al roto vestido exterior, sedientos los labios de un beso maternal. En esa noche, vino la luz por primera vez á su razón, y comprendió su estado presente de miseria. Del pasado no se acordaba; del porvenir, las ideas que se le ocurrieron producían espanto. Tendió la mano al primero que pasó á su lado, sin hacerla caso; siguió tendiéndola desde la mañana á la noche, y cuando, al fin de cada jornada la cerraba, veía si podía ir á un figón (entonces no había Tiendas-Asilos) ó si se quedaba allí hasta otro día, enroscada en el suelo, dolorida, olvidada, inerte, embrutecida, como perro sin dueño.

Trascurrieron años, y su experiencia mundana, su sabiduría de las penas, su eterna declamación del dolor, públicamente, sin más escenario que una esquina, sin otro apuntador que la necesidad, la hizo actriz. Tomó entonces nombre; llamóse Juana de la Vega. Con facilidad se apropió los personajes de los dramas fingidos. Su espíritu tenía considerable desarrollo, pero su naturaleza escaldada en la edad de la flor, no pudo adquirir la redondez del fruto.

Estas dos mujeres, tan diversas, eran, sin embargo, dos fases del astro del arte. Sólo que una era lucida; la otra apagada.

\*\*

El destino (aún tiene idólatras en la política) había reunido a Salomé y Juana de la Vega en aquella comedia de gran espectáculo. Pared de por medio estaban sus habitaciones. En la realidad física, separaba á las dos artistas un tablero pintado del lado del cuarto de la actriz, revestido de papel de terciopelo por la parte del gabinete de la bailarina. Sus contrarias fortunas, no estaban sólo marcadas por estas diferencias materiales. Opuestos cortejos, consideración, amistades, dábanlas un mundo aparte.

La actriz esperaba entre bastidores su vez para salir á escena, acompañada no más que de su criada. Compadecíanse de su abandono, de aquel desdén de la gente, á lo sumo, algunos figurantes, que respetaban su mérito, aunque se burlaban luego de su inverosímil delgadez corporal. Hablábanla cuatro palabras que ella agradecía como el mayor de los beneficios. Bien es verdad que, de repente, cortaba airada la conversación, y apenas divisaba á su rival, la trayendo á Salomé, que entraba al escenario con el séquito de una reina oriental.

Revolviendo su gentil cuerpo, envuelto desde la cintura hasta el medio muslo, con multiplicadas gasas, haciéndola aparecer como un ser aéreo, iba aturdiendo con sus frases, sus ademanes, sus miradas, hombres tenidos en gran importancia, cabezas firmes en los negocios, en la diplomacia, en las letras, que experimentaban vértigo de abismo con sólo aspirar los perfumes en que se impregnaban las ligeras ropas de la bailarina. Disputábanse casi con el florete en la mano, el más fútil obsequio tributado á la Salomé. No se la consentía que estuviese de pie. El más rico sillón dorado, que se guardaba en el almacén del teatro para mobiliarios de palacio, era traído á cuestras, en triunfo, con adoración, por sus admiradores. Tampoco se la permitía pliegue alguno descompuesto en su ropaje; faltaban manos para desempeñar cumplidamente tan privilegiado servicio.

Iguales atenciones continuaban, en su cuarto. Pequeño en demasia para contener la oleada de pecheras blancas y fraques negros, que se agolpaban en él, tenía abierta la puerta, prolongándose en el pasillo los secuaces de Salomé. A su alrededor todo era risa y alegría, bullicio y ovación. Ora cumplimientos de todos calibres, ya el que nacia de una fe desinteresada, ya el que encerraba en mascarada y ulterior intención. Escuchaba piropos en todas las lenguas, desde la que practica el fúcar, acompañando cada letra de la palabra con un billete de Banco, hasta la que pronuncia el loco de amor, poniendo por puntos suspensivos los seis tiros de un revólver. Por lo demás, en los entreactos, los tapones de las botellas de Champagne tocaban una marcha de tambor en el techo del cuarto de la bailarina.

No era, ni con mucho, tan festejada en el suyo Juana de la Vega. Silencio de boardilla desalquilada había á su lado. Alguna vez llamaba á su puerta, queda y timoratamente, tal cual joven poeta desahuciado por todas las empresas. Saludaba á la actriz ceremoniosamente, y con mano temblona y voz gangosa, abría y leía un drama inédito é irrepresentable. Solía, por lo regular, abarcar la composición escénica ocho actos, con su correspondiente prólogo é introducción. No era esto todo; los versos del drama eran de arte mayor.

Sin apartar el oído del regocijado estruendo

del cuarto inmediato, la actriz aún se esfuerza para descubrir de vez en cuando el drama, cuyo juicio se imploraba, alguna vez menos atrevedas que otra, algún rímen duro que otro, y lo celebraba con exclamación ó un movimiento de cabeza. Al principio, daba plácemes al autor, en las muecas del bostezo y las contorsiones de la boca.

—¡Qué feliz debe ser la bailarina! Nadie va á aburrirla, leyéndola dispuesta. —¡Pobrecilla la actriz!— reflexionaba su vez Salomé.—Debe ser un fastidio eso de estar con la cabeza llena de versos malos. Ser una jaqueca que taladrará las sienas.

\*\*

Las dos modernas representantes de Terpsicore y Talía salían después á la calle poniendo estas dos cosas: la postración del espíritu y la exaltación de la carne. Iba Salomé lo que es lo mismo, Terpsicore, crugiendo de lujo, relampagueando en sus rosadas onzas estrellas de diamantes. Juana de la Vega quisiera mejor, Talía, arrebujabase en su guilla gris, sin esplendores, y como vergonzosa de que se la reconociera. La primavera llevaba aquella en su rostro. De vieja era la cara de ésta. Las arrugas que se tiznaba, sólo podía quitárselas con el llanto.

JOSÉ DE SILES.

## PERFILES ARTÍSTICOS

UETAM

Al oírle cantar la importantísima parte de Bertramo en *Roberto el diavolo*, ocurriéronse trazar su perfil para ofrecérsele al público.

La voz extensa y flexible, de timbre pastoso y expresivo, clara, igual y exuberante de ardor juvenil de nuestro compatriota, su frase elegante y desembarazado, su dicción clara y acción dramática variada, llena de animación y de detalles, le deparan siempre que canta uno de esos triunfos que difícilmente se olvidan, con acompañamiento obligado de bravos, interrupciones, entusiastas aplausos é interminables llamadas á la escena.

Uetam es indudablemente el digno sucesor del incomparable Selva.

Jamás se vió opinión tan unánime tratándose de un artista español.

Uetam ha llegado ya al apogeo de su gloria, y se disputan su concurso todos los empresarios de Europa y América que pueden satisfacerle el crecido estipendio que exige. Y esta reputación es justísima, porque el talento artístico del célebre cantante interpreta con igual perfección y con el debido carácter todos los personajes de su vastísimo repertorio. Tan grande, tan colosal se muestra en la parte de Mefistófeles del *Fausto*, como en la de Giorgio de los *Puritinos*, tan inspirado en la del Cardenal de la *Ebrea* como en la de Marcello de los *Hugonotes*; su prodigioso órgano vocal lo mismo fulmina la sublime maldición de Branzio y el terrible anatema de Oroveso, que se adapta á las exigencias del canto rosidiano en la maravillosa aria de la *Calumnia*.

Canta con suma delicadeza, gusto y expresión; vocaliza de un modo admirable, y arrastrado en alas de su poderoso génio, vierten sus labios frases sublimes, llenas de inspiración é impregnadas del más exquisito sentimiento. Uetam es discípulo del eminente maestro Goula, que le hizo de la nada, ni más ni menos que como Dios formó el mundo del caos.

Esto ha menester de una explicación y vamos á darla.

Por los años de 1865 y 66 llamaba extraordinariamente la atención de los pacíficos habitantes de la ciudad de Palma de Mallorca, un modesto jóven que reunía excelentes cualidades para dedicarse con gran provecho á la carrera del canto.

Nuestro aficionado pasaba su existencia detrás del mostrador de un estanco de la Rambla.

Cuando lograba robar algunas horas al trabajo cotidiano, las compartía entre sus cama-

radas y su afición al arte de la música, del que había adquirido las primeras nociones á costa de no pocos esfuerzos y constantes viglias.

Habiendo sido contratado para el teatro principal de la capital de las Baleares, en calidad de director de orquesta, el maestro Goula, oyó hablar repetidas veces de los singulares méritos que adornaban al dependiente del estanco, sin hacer gran caso de los elogios que sus paisanos le prodigaban; pero cierto día el maestro se hallaba en su habitación dedicado á sus habituales tareas, quedóse sorprendido y atónito al escuchar los acentos de una magnífica voz de bajo que partía de uno de los aposentos de la vecindad. Inmediatamente trató de averiguar quién era aquel individuo que tan extraordinarias facultades poseía, y supo que se trataba precisamente del mancebo de quien con tanta alabanza le habían hablado.

Goula aleccionó al que atesoraba en su garganta cuantas condiciones son indispensables para dedicarse con seguro éxito á la enojosa carrera del teatro. Uetam trabajó con inusitado ardor, haciendo en breve tiempo visibles y sorprendentes progresos. Otro alumno cualquiera se habria lanzado prematuramente al teatro, al notar el extraordinario desarrollo de su voz y los adelantos que había realizado al cabo de muy poco tiempo de estudio. Pero comprendiendo que estaba destinado á ser uno de los primeros cantantes de su tiempo, no se dió por satisfecho y siguió tomando con una perseverancia á toda prueba las saludables lecciones de su ilustrado maestro.

El año de 1870 dió Goula por terminada su misión. Su discípulo poseía ya todos los secretos del arte, su garganta estaba perfectamente educada, su voz había adquirido todo el desarrollo y brillantez apetecibles, y sólo faltaba al joven artista la práctica de la escena.

Hizo su aparición en la escena del teatro de Palma, desempeñando el papel de Prefecto en la deliciosa partitura de Donizetti, *Linda de Chamounix*.

El entusiasmo con que fué acogido por sus paisanos, fué inmenso.

Desde entonces ha recorrido los principales teatros del mundo, dando pruebas de las aptitudes con que la Naturaleza le había abundantemente galardonado, facultades, que, auxiliadas por el estudio, brillaban con todo el esplendor de que eran susceptibles.

En cuantas partes cantó se mostró digno del aplauso de las gentes.

Uetam es en los momentos actuales, la preocupación del diletantismo madrileño, y señala una época brillante para el arte que con tanto talento profesa y para la patria cuyos dulces alagos saborea.

A. GUERRA Y ALARCÓN

## REVISTA DE MADRID

Diciembre viene á cerrar las puertas del año; y, en verdad, que jamás huésped alguno fué mejor despedido que lo son los diversos años en la persona de su último representante, ¿por qué, pues, no vaticinar al mes de Diciembre del año 1885 la misma suerte que á sus antepasados?

Él, el mes que prestó á Murillo una de sus fiestas para que inmortalizara su nombre escribiendo sobre el lienzo con su divino pincel una página de oro en la historia del arte; el mes que meció la cuna del Redentor del mundo y oreó con su frígido soplo la celestial faz, es entre nosotros el mes de las fiestas y los regalos, el mes de la holganza, y en España, el país de la fortuna, el que regala á todos los españoles sucesivamente ¡¡el premio más gordo de la lotería!!!

Y como si esto fuera poco todavía, los *Inocentes* (inaje bastante escaso ya en estos tiempos) celebran también sus días en este mes.

..

La Naturaleza, al llegar á este punto, remeda eloquentemente al débil anciano que, trémulo y estenuado, se aproxima al borde de la tumba. Es que el año, en el término ya de su senectud, va á hundirse en el abismo sin límites de la eternidad envuelto en el frío blanco sudario de las nieves.

Húmedo, frío y nebuloso, avanza Diciembre, el más desapacible del invierno, desgajándose de un cielo sombrío copiosas lluvias y nieves y azotando los desnudos árboles y los pelados peñascales rudos y helados cierzos.

Jamás el sol nos envió sus rayos más oblicuos, ni su calor fué más débil, ni su luz menos espléndida, á pesar de hallarse en la mínima distancia de nuestra órbita.

Fuentes y arroyos suspenden á largos intervalos su plácido curso, porque la fría temperatura paraliza sus corrientes convirtiéndolas en inmóviles carámbanos y en cintas de helado cristal.

Allá, por el día 21, estando el sol en el punto más lejano del Ecuador, pasa por el signo *Capricornio*, y al cumplirse las cuatro y 38 minutos de la tarde se verifica el *solsticio* de invierno y llega la estación de este nombre en su carroza de hielo y nieve; los días duran tan sólo nueve horas, cesan generalmente las lluvias, recrudécese el viento del Norte y el frío se hace insoportable y el agua se hiela dentro de las mismas habitaciones.

El sol, aún en los días más templados, apenas puede romper en la mañana las pesadas nieblas que invaden la atmósfera y las noches se deslizan sombrías é interminables ó tibiamente iluminadas por una luna melancólica que desde un cielo blanquecino vierte sus tímidos rayos sobre sábanas de hielo y nieve, ó sobre mantos de escarcha que se evapora á la madrugada. A las heladas intensas suelen preceder ó preceden constantemente noches serenas y despejadas durante las cuales adquieren un brillo vivísimo las luces de nuestras lámparas y la lumbré de nuestros hogares.

El agua que se ha filtrado en las primeras capas de la tierra, al helarse y cristalizarse, disgrega y rompe los terrenos favoreciendo esto la germinación de las semillas por lo que pueden éstas más cómodamente ramificarse y extender la multitud de sus raicillas, en las cuales se reconcentra la vida absorbiendo los jugos y gases por sus esponjuelas ó pequeñas bocas; pero por aquella misma causa, esto es, por la congelación y cristalización de los jugos, suelen romperse también las tenues raicillas que los contienen.

Entretanto, la decoración del mundo se va haciendo cada vez más lóbrega y sombría. El viento zumba por todas partes. Los hielos han detenido el curso á las aguas corrientes, los ríos han salvado sus cauces y se ha derramado por los campos objeto de nuestros cuidados, llevando tras sí la destrucción, el espanto y la miseria; sólo alguna ave siniestra cruza por el espacio, mientras los cuadrúpedos huyen á sus madrigueras y los reptiles yacen en sus recónditos albergues.

Ni aun el hombre con todo su poder, con sus cómodas habitaciones, sus vestidos y sus combustibles, puede librarse de los rigores de la estación.

¡Y qué cuadros desgarradores de hambre, de desnudez y miseria se ofrecen entonces en lugubres mansiones donde se albergan las desheredadas de nuestra sociedad!

No es posible ya encontrar ni la misera gaviota.

Las enfermedades crecen y la muerte diezma la especie humana.

Ya no es posible buscar esparcimiento en el campo.

La niebla lo oculta todo á nuestra vista; los árboles, los ríos, los campos, los edificios, los animales, los hombres, los ciervos, enfriando intensamente la atmósfera, apagan la acción de toda vida; no hay apenas calor, falta la animación. Sólo se percibe el silencio como el de los sepulcros: Los bosques parecen cementerios y los árboles, al levantar alto sus descarnados brazos, parecen sombras fantasmales que se escapan de la tierra exhalando profundos quejas.

Todo es abatimiento, tristeza y soledad; la naturaleza parece que va á morir, y el año, por último, exhala su postrer suspiro, y el planeta empieza un nuevo movimiento de traslación en derredor del sol durante el cual se repetirán los mismos fenómenos. Que así es como la pródiga Naturaleza se agota rejuvenece alternativamente, y así es como mantienen inagotables las fuentes donde se surten de perenne vida todos los seres que moran y morarán en el globo hasta el día de la universal catástrofe anunciada en el Apocalipsis.

En la noche del 4 volvió á presentarse Gayarre en la escena de la Opera después de una ausencia de cuatro años.

Cantó su ópera predilecta: *Favorita*. La ovación que á este tributo no tiene precedente, y difícilmente hallará igual.

Desde el instante en que apareció no hubo más que aplausos.

Eligió *Favorita* para su presentación y acertado anduvo por cierto; porque es difícil interpretar con más gusto, con más ardiente inspiración el papel difícilísimo de Fernando.

Su voz, lejos de perder, ha ganado por lo menos volumen en el registro central y no poco arte.

El timbre de la voz, aquel timbre tan delicioso, lo conserva enteramente, junto con la cualidad de filar los sonidos y modularlos con perfección exquisita y admirable buen gusto.

Hoy es Gayarre un artista en la plenitud de sus facultades.

Su voz ha adquirido la igualdad que es precisa y como extensa, alcanza lo de siempre; dice bastante mejor que antes, siendo el fraseo correctísimo y con detalles primorosos, según es de advertir el dúo final del primer acto y en las frases que preceden á la romanza del cuarto. Por otra parte, al menos en mi humilde opinión, encontré en Gayarre más brio y energía al atacar los alegros y pasajes de fuerza, energía que le ha valido no pocos aplausos, cuando la utilizó en frases que antes pasaban desapercibidas.

La noche de su debut hallábase un poco conmovido y el caso, á la verdad, no era para menos, aun cuando se trate de un gran tenor y de un público á quien conoce á las mil maravillas. Por eso viósele buscar ciertos efectos de voz, con ánimo decidido de obtener aplausos y demostrar lo que ha ganado en igualdad y volumen.

La experiencia, gran maestra de los artistas, ha enseñado á Gayarre á estar en escena bastante mejor que antes, y hay momentos en que es, no sólo el gran cantante, sino también excelente actor.

El principal mérito de Gayarre estriba en la expresión que comunica al canto, porque nadie le iguala en dar á la nota, no ya el valor musical, si que, al propio tiempo, eso que pudiera llamarse el valor expresivo, entendiéndolo por ello el acento particular, en cuya virtud la música adquiere cierta vida de sentimiento y un poder divino de expresar afectos.

Acaso consiste mucho en el delicioso timbre de la voz de Gayarre; pero de mí sé decir que pocos artistas, á ejemplo suyo, me conmueven sólo por la pureza de la modulación, y por dar al canto, dentro de la vaguedad de la música, cierto carácter que la añade mayores encantos.

La representación de *Un drama nuevo* que se verifica actualmente en el teatro de Novedades, y en que el decano de nuestros actores hace todavía maravillas, á pesar de su avanzada edad, nos mueve á trazar su perfil.

Valero trabaja hoy con el mismo entusiasmo que cuando comenzó su carrera de triunfos.

Abtrámanle más que el peso de sus setenta y siete años, el peso de los lauros acumulados sobre su cabeza.

Triunfante su vigorosa complexión de las contingencias de la edad, corre por sus venas el mismo fuego que en los años juveniles y asoma á sus ojos la misma luz y enciende su alma la misma inspiración.

Aún es el esforzado titán de la escena que sojuzga y somete las muchedumbres á su voluntad y su talento; aún fulguran en su semblante esas misteriosas llamaradas, reflejos genuinos del genio.

Aún brotan de su garganta los salvajes gritos de ira, los acentos aterradores de venganza, los apagados ecos de pavor, las inmortales carcajadas de locura, los angustiosos gemidos de la agonía.

Aún domina el arte con el mismo soberano imperio que domina su incansable y sumisa naturaleza.

Aún es y puede ser el digno intérprete de las grandes creaciones dramáticas.

Aún arranca explosiones de aplausos con un sólo gesto, un sólo ademán, una mirada sola.

Y por último, aún es el glorioso campeón de nuestra escena.

¡Valero! Hay en el nombre de este egregio actor, para nosotros algo más que la designación de una individualidad; algo que simboliza los entusiasmos populares, algo que se identifica con las glorias de la patria. Y es, que toda una época artística, toda una gloriosa frase de nuestro teatro, á la que prestó Valero auxilios y realce poderosos, parece que se reúne y compendia en el nombre de este artista emi-

nente, y decano de nuestros actores y maestro de muchos de ellos.

Llegó Valero á las esferas del arte, cuando las inundaba de luz aquella generación literaria que inmortalizó en Francia los nombres de Víctor Hugo, Lamartine, Dumas, Scribe y Bouchardy, y en España los del Duque de Rivas, Zorrilla, Bretón, Hartzbusch y García Gutiérrez.

Poetas de aquella brillante pléyade de actores que por entonces florecieron en nuestra patria, los unos abandonaron ya el mundo; los otros únicamente, y por fortuna, el teatro de sus triunfos.

Sólo Valero permanece aún en su puesto, como para mantener el fuego sagrado de aquellas hermosas tradiciones, como para presidir el desfile de la generación que va desapareciendo, como para entregar su honrosa herencia á la nueva generación que se va formando.

Ahora que Valero recibe otra vez entusiastas pruebas de admiración y cariño del público madrileño, hemos querido consagrarle este modestísimo tributo de nuestro cariño y nuestra admiración.

Bien poca cosa es, en comparación de cuanto merece el primer director de escena de nuestro siglo, el gran artista que, á despecho de los años, vela aún, con entusiasmo y talento singulares, por el esplendor de nuestra escena.

Valero es, por ventura nuestra gloria de la escena española; pero gloria que, al brillar, por razón de sus años, en su ocaso, hace más visible la prolongada sombra que acompañara al arte escénico cuando él desaparezca por completo.

Honrémosle, pues, mientras viva.

Después le recordaremos con angustioso deleite.

Marqués es el autor de la música de la zarzuela estrenada en el coliseo de la calle de Jovellanos, titulada *Un regalo de boda*.

El Sr. Marqués es artista inspirado, conoce como pocos los efectos de las sonoridades, el papel que deben desempeñar los diversos instrumentos en cada situación, y los adapta magistralmente á las ideas que desarrolla.

Por eso en el prelude de la mencionada zarzuela demostró sus grandes dotes de compositor y de instrumentista.

Esta inspirada pieza merece ser colocada al lado de las polonesas y de los andantes de las sinfonías que tanta y tan justa fama han valido á su autor en España y en el extranjero.

Marqués es hijo de una modesta familia de Palma de Mallorca.

Desde su edad temprana sintió decidida vocación por el arte musical.

En las soledades del templo, entre las nubes de incienso y los acordes majestuosos del órgano, escuchó esa voz interior que decide del destino de los artistas.

Las solemnes melodías del *Requiem*, de Mozart, y los armoniosos acordes de las *Siete palabras*, de Haydn, arrasaban de lágrimas los ojos de aquel niño dotado de una sensibilidad extraordinaria.

Aquellas lágrimas fueron la revelación del artista.

Desde aquel momento se dedicó al estudio de la música, y sus adelantos fueron tales, que á la edad de once años era ya el primer violín de una compañía de ópera.

Luego estudió en el Conservatorio de París.

Mas tarde emprendió una serie de escursiones artísticas por diferentes países.

Firme en este propósito estudió primero armonía y después composición.

En 1869 escribió su primera sinfonía en *si bemol*, y de esta época data su reputación artística.

Esta sinfonía fué ejecutada por la Sociedad de Conciertos el 2 de Mayo de 1869.

En aquel célebre concierto recibió su bautismo de compositor.

El público escuchaba los primeros compases de la obra, en medio de ese silencio profundo que de ordinario precede á las grandes solemnidades en que el arte ensancha sus dominios; añadiendo una más á la magnífica serie de sus creaciones maravillosas. Terminó el primer tiempo, y una salva de atronadores aplausos demostró que el artista poseía el secreto de conmover por medio de la combinación de sonidos; pero esto no bastaba. Aún había espíritus de esos que, cerrando los ojos á la evidencia, concedían escaso mérito á la composición, cuyos ecos resonaban tod-

vía en aquel recinto, poblado de un público numerosísimo.

Siguió al primer tiempo el andante dramático, composición impregnada de ese sentimiento que es alma y vida de esas artísticas creaciones.

Al escuchar aquellas armonías lanzadas al espacio por una instrumental exuberante, aquellos ritmos originales, aquellas melodías apasionadas, que ora se asemejaban al concierto de la naturaleza, ora parecían los lamentos de un alma dolorida y acongojada, el público contenía difícilmente los gritos de entusiasmo con que al fin fué llamado el autor á recibir en aclamaciones y aplausos, el premio debido á los que ofrecen la belleza á la contemplación de los hombres.

A las reiteradas instancias del público, allá de las últimas filas de los violines, salió un joven que apenas tenía veinticinco años, pálido, con esa palidez con que la fiebre de la inspiración tiñe el rostro de los artistas, revelando en su figura y en sus maneras sencillez y modestia.

Avanzó tímidamente hasta la tribuna destinada al director de orquesta, y allí recibió, entre las aclamaciones de un público entusiasmado, ese bautismo del arte, exigido imperiosamente por la inspiración y concedido de buen grado por las colectividades apasionadas de lo bello, que se complacen en reconocer la fuerza creadora con que el genio puebla de obras prodigiosas el mundo del arte.

El autor de aquella sinfonía era Miguel Marqués.

Entonces fué consagrado como el primero de nuestros músicos sinfónicos.

Marqués ha escrito buen número de zarzuelas, entre las cuales merece especial mención *Los hijos de la costa*, *Justos por pecadores*, *El anillo de hierro*, *Florinda*, *El reloj de Lucerna* y *Un regalo de boda*.

Se ha inaugurado una Tienda-asilo, nuevo establecimiento benéfico, que proporcionará grandes bienes á la clase obrera.

La Tienda-asilo, que está situada en la calle de Jorge Juan, consta de un salón rectangular, donde hay cuatro mesas capaces cada una de ellas para cuarenta cubiertos, y bancos de pino; una cocina con un

fogón ú hornilla económica de tres metros cuadrados, y una marmita en el centro.

La cocina, que está frente á la puerta de entrada, la separa del comedor un mostrador ancho, desde donde se sirven á los pobres los pedidos de raciones, mediante la presentación de la correspondiente chapa.

La mesa, cubierta de hule blanco, estaba prestada por el Sr. Moret, teniendo á su derecha varias sillas.

Entre los concurrentes tomaron asiento varios obreros, también invitados.

Cuatro dependientes del establecimiento repartieron entre los comensales humeantes escudillas.

El menú constaba de los siguientes platos:

- Arroz con cecina.
- Patatas en ajo-pono.
- Bacalao con garbanzos.
- Café ó chocolate.
- Arroz con leche.
- Pan, 250 gramos.

Agua fresca y pura del viaje de la Castellana.

He aquí, someramente indicado, lo que en pro de las clases menesterosas han realizado unas cuantas personas inspiradas en el pensamiento de proporcionar por poco dinero alimento sano y abundante á los que en esta época del año carecen hasta de lo más necesario.

Véase, pues, cómo los esfuerzos de los que se dedican á mejorar las condiciones de los pobres han encontrado feliz coronamiento.

Hace falta extender este pensamiento á todos los distritos, y de este modo, durante este invierno, no se morirá nadie de hambre en esta populosa capital.

Son muy pocos los que creen que un grano de arena puede ser la base del edificio de la felicidad, y muchos los que ignoran que la tranquilidad de la conciencia no es otra cosa que el premio de las buenas acciones.

Todos, sin embargo, deseamos con avidez llegar á poseer ese bienestar interior, esa paz misteriosa y codiciada, que lleva la fortaleza al humano espíritu.

No habrá una sola persona en el mundo que no

deseo vivamente poder decir: «Soy feliz, porque tengo en calma la conciencia.»

El deseo es general; pero al ver realizado semejante deseo, está reservado á muy pocos.

Y á me parece estar oyendo á varios de mis lectores, algo parecido á lo siguiente:—«¿Pero existen en el mundo satisfacciones completas y dichas cumplidas?»

—Sí, señores míos: en el mundo puede alcanzarse la paz purísima é inalterable de la conciencia.

En el momento puede disfrutarse de un goce verdaderamente celestial, y respetado siempre por los pesares de la vida.

En ninguna parte más que en el mundo puede alcanzarse el consuelo que producen las buenas acciones y la satisfacción que resulta de la práctica bien entendida de la caridad.

Todos los placeres tienen su parte de veneno.

El placer de practicar la caridad no produce más que satisfacciones.

Dios vela constantemente por los desgraciados, y por eso la caridad, que es la mensajera de Dios, se pasea orgullosa y tranquila por las dismanteladas y frías salas de los hospitales donde hay tantos infelices sin tener una persona de su familia á quien volver los ojos, y sin escuchar una palabra cariñosa que les dé valor en sus últimos momentos.

La caridad alivia y consuela.

Da resignación al que vacila, fuerzas al que desfallece, esperanza al que las ha perdido.

¡Dichosos, los que como los fundadores de la Tienda-asilo, saben ejercer la más hermosa de las virtudes, prefiriendo acercarse á la puerta del desvalido, antes que á la del poderoso ó á la del magnate!...

Pero no olvidemos que es muy fácil equivocarse al practicar la caridad.

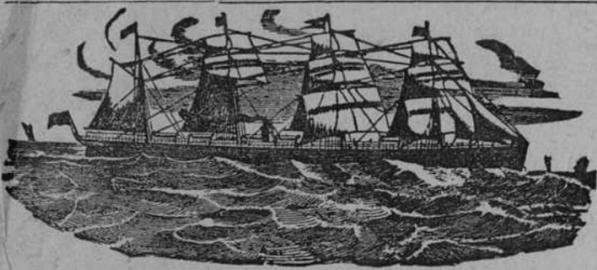
No confundamos el gozo y la satisfacción que producen las buenas obras, con el deleite despreciable y efímero de los encantos propios del orgullo, persuadidos de que por el camino de la vanidad no lograremos encontrar nunca la tranquilidad de la conciencia.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

MADRID: 1885

Imprenta de Ulpiano Gómez, Cabeza, 36, bajo.

# ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA

## COMPANÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA  
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA  
con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2

Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Laing y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Vigo: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Caracas: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

## EL PROGRESO EN 1885

### QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran formato, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

### LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

## BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rvn.

1.ª *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos. Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 100 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de cada tomo para el suscriptor..... 16

## COLOS EN ESPAÑA

Esta obra es más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, en la tienda de venta de las principales librerías de Madrid, al precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, de la obra.

## GERMINAL

ILLEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se promete á hacer pasar á V. agradables ratos por el precio de 16 pesetas. En venta en la casa de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

## ENCICIONARIO

HISTORIO-BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

DE DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Una obra para estudiar la historia de todos los hombres ilustres de Extremadura desde los tiempos de Roma en adelante. Se publica á luz por cuadernos de 40 páginas en folio, con ilustraciones, buenas y esmeradas impadas, de Ir ilustradas con retratos, esmeradamente ejecutados en láminas de metal. El cuaderno que contenga solo 10 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de las provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de la obra no tener interrupciones en el recibo de los que vayan llegando.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se venden suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, en Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, P. del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13